

Los salesianos en el Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza:

Configuración territorial, colonización y nacionalización del Suroriente ecuatoriano, siglos XIX y XX

Natàlia Esvertit Cobes*

1. Introducción

El presente estudio aborda el desarrollo de las misiones en los territorios del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza, en el suroriente de Ecuador, que fueron asignados a los salesianos a finales del siglo XIX. Por aquel entonces estas áreas estaban habitadas por indígenas Shuar y registraban una débil presencia colonizadora. Se encontraban articuladas a la Sierra a través de precarias vías de comunicación y en ellas la presencia del Estado era prácticamente inexistente.

El análisis abarca un extenso período, desde finales del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX, caracterizado por las grandes transformaciones que tuvieron lugar en la región, y se presenta estructurado en tres apartados. En los dos primeros se establece el papel desarrollado históricamente por las misiones en las políticas impulsadas para la incorporación de los territorios amazónicos al Estado nacional ecuatoriano y se sitúa la misión salesiana en el marco de las iniciativas emprendidas por los grupos de poder regional del Azuay para la ocupación de las áreas selváticas colindantes. En el tercero, de mayor extensión, se expone cómo se produjo el despliegue de los salesianos sobre los territorios del vicariato y se analiza cómo incidió la actividad misionera en la configuración territorial, la co-

* Doctora en Historia de América por la Universidad de Barcelona. Ha publicado diversos trabajos sobre la historia de la Amazonía ecuatoriana, las relaciones históricas entre el Ecuador y España, y la población de origen ecuatoriano en Cataluña.

lonización y la nacionalización del suroriente, procesos que están directamente relacionados con la transformación de las identidades locales.

Tratándose de una temática que, por su interés y amplitud, merece un mayor desarrollo, se incide en la identificación de hitos, puntos de inflexión y tensiones observadas, así como en la detección de posibles temas hasta ahora poco explorados. El análisis permite ver la evolución del pensamiento y la práctica de los salesianos, señalar los diferentes actores sociales participantes y observar las relaciones establecidas entre ellos.

La elaboración del trabajo se ha basado en la consulta y análisis de fuentes e investigaciones previas. Entre las fuentes, destacamos una serie de documentos generados por los propios salesianos, especialmente valiosos de acuerdo con nuestro centro de interés (relaciones de viajes, relaciones etnográficas y geográficas, informes, crónicas, diarios, etcétera). Igualmente, documentos oficiales, libros, folletos y prensa relacionada con las misiones y con los grupos de poder regional impulsores de la obra salesiana, especialmente del Azuay, pero también de Riobamba y de Guayaquil; así como textos de viajeros, etnografías, etcétera. En cuanto a los soportes investigativos previos, se trata de estudios sobre las misiones, los shuar y el proceso de colonización en el área del suroriente.

2. La Amazonía, el Estado y las misiones en Ecuador

La Amazonía constituye la más extensa de las regiones naturales del Ecuador y ocupa casi el 50% de la superficie del país. Sus características ecológicas y étnicas han marcado un proceso histórico singular y de gran complejidad.¹ En este apartado señalamos, únicamente, algunos elementos clave sobre el proceso de incorporación de los territorios amazónicos al Estado nacional y sobre las funciones que, históricamente, han desarrollado las misiones religiosas en dicho proceso.

De entrada, conviene remontarnos brevemente al período colonial para recordar que durante el primer siglo de dominación española se habían llevado a cabo exploraciones de los piedemontes amazónicos ecuatoriales, debido a la atracción que despertaba la explotación aurífera de esta región. Dichas exploraciones dieron lugar a la conquista de una franja de territorios en los que se produjo un intenso aunque efímero proceso de colonización, que implicó la fundación de

1 Jean-Paul Deler, *Ecuador. Del espacio al Estado nacional*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1987. Anne Christinne Taylor, “El Oriente ecuatoriano en el siglo XIX: ‘el otro litoral’”, en Juan Manguashca, edit., *Historia y Región en el Ecuador: 1830-1930*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1994a.

poblaciones como Baeza, Ávila, Archidona, Sevilla de Oro, Logroño y Zamora. En esa época se crearon cinco circunscripciones administrativas que fueron los gobiernos de Mocoa, Quijos, Macas, Yaguarzongo y Jaén, los cuales se extendían sobre territorios en su mayor parte desconocidos. A fines del siglo XVI, la colonización retrocedió debido a las insurrecciones indígenas, como las que tuvieron lugar en Quijos (1578) y en Macas (1599). A partir de entonces, la implantación colonial en la Amazonía estuvo marcada por la presencia de las misiones católicas, encargadas de cristianizar a los indígenas, aunque la débil presencia misionera no estuvo acompañada de una implantación simultánea de la autoridad civil y militar, ni supuso la incorporación real de la región a la Audiencia de Quito. Ya en la etapa tardo-colonial, la inestabilidad causada por las guerras de Independencia contribuyó a profundizar aún más el abandono de los espacios selváticos.

Cuando, en 1830, Ecuador se convirtió en un Estado independiente, ejercía un control exclusivamente formal sobre la Amazonía. Durante la mayor parte del siglo XIX, esta región se mantuvo al margen de las dinámicas que se desarrollaban en el resto del país, constituyendo un territorio prácticamente desconocido, habitado por pueblos indígenas y apenas por unos centenares de blancos y mestizos en las áreas de piedemonte (Villavicencio, 1858). Las políticas gubernamentales destinadas a hacer efectiva su incorporación al Estado nacional se basaron en la promoción de las misiones católicas como instrumento para controlar el territorio y de sus habitantes, permitiendo suplir las carencias de la administración civil y defender la frontera en las áreas pendientes de delimitación, en las que la presencia y la influencia de los países vecinos era cada vez más notoria (Esvertit Cobes, 2008). Sabemos que durante el período fundacional de la República las misiones ya eran contempladas como una necesidad, por lo que se debatieron cuestiones tales como su financiamiento, el restablecimiento de los jesuitas, considerados entonces los religiosos más preparados para llevar a cabo la cristianización de los indígenas amazónicos, y la fundación de un colegio de misiones. El primer proyecto sólido para la implantación de misiones en el Oriente se llevó a la práctica durante el gobierno de Gabriel García Moreno (1860-1875), quien instaló misioneros jesuitas en el Napo, Macas y Gualaquiza. La sustitución del poder civil por el poder religioso, que otorgaba a los misioneros las atribuciones propias de las autoridades civiles, revela que las misiones cumplieron una función altamente significativa en los proyectos gubernamentales de García Moreno. No obstante, la resistencia indígena y la hostilidad de los poderes locales resultaron obstáculos insalvables para la implantación de estas misiones.

A finales del siglo XIX y en los inicios del XX, la extracción del caucho provocó la ocupación de extensas áreas amazónicas que hasta entonces habían permanecido abandonadas y que se encontraban sin delimitar. Agentes de diversos Estados se hicieron presentes en la Amazonía, lo que llevó a la agudización de los conflictos

límitrofes, especialmente la disputa territorial entre el Ecuador y el Perú. En consecuencia, en estos años el Oriente adquirió un protagonismo creciente en la política ecuatoriana y se desencadenaron grandes debates nacionales sobre la necesidad de colonizarlo, construir vías de comunicación, establecer un control territorial efectivo y contrarrestar la presencia de agentes extranjeros en la región. Así, se convirtió en un referente ideológico importante dentro del discurso nacionalista ecuatoriano de la época, dando pie al surgimiento del *Orientalismo*, corriente de pensamiento que preconizaba el fomento de este territorio y su defensa frente a las amenazas exteriores, y que estuvo presente en todas las tendencias políticas. Los gobiernos de la época, inicialmente progresistas y después liberales, plantearon una serie de iniciativas para la nacionalización del Oriente y el control de las fronteras, a pesar que Ecuador era el país con menos posibilidades reales a la hora de ocupar y nacionalizar territorios, puesto que su débil presencia política y económica contrastaba con la fuerte expansión de los frentes amazónicos de los países de su entorno.

Los gobiernos progresistas (1884-1895) retomaron el proyecto de impulsar misiones en el Oriente, el cual se concretó en la creación de cuatro vicariatos apostólicos que serían los del Napo, de Macas y Canelos, de Méndez y Gualaquiza, y de Zamora. Los dos primeros permanecerían a cargo de los jesuitas y los dominicos, respectivamente, que ya se encontraban en dichas áreas. El tercero sería asignado a los salesianos, que constituían con diferencia la más joven e innovadora de estas congregaciones religiosas, y el último, a los franciscanos.²

Cabe añadir que la promoción de las misiones en las políticas gubernamentales del siglo XIX no estuvo exenta de incoherencias y contradicciones. A pesar de la importancia que se les otorgó en el discurso político y de la influencia institucional que adquirieron los misioneros, el apoyo efectivo nunca superó los límites de lo retórico. Los gobiernos progresistas no pagaron las asignaciones acordadas para mantener las misiones y estas sobrevivieron únicamente gracias a las limosnas recibidas.

La Revolución Liberal de 1895 truncó los proyectos políticos impulsados por el progresismo y produjo una transformación radical en Ecuador, desplegando una política contraria a las instituciones religiosas, puesto que estas habían consti-

2 Entre los documentos relativos a esta iniciativa, ver “Decreto legislativo prescribiendo al Poder Ejecutivo suplique a la Santa Sede se digne erigir cuatro Vicariatos Apostólicos en el territorio oriental de la República”, Quito, 7 de agosto de 1888, en *Leyes, Decretos y Resoluciones expedidos por el Congreso Constitucional de 1888*, Quito, Imprenta del Gobierno, 1892, pp. 36-37. “Solicitud del Presidente de la República para la creación de cuatro Vicariatos en la Amazonía ecuatoriana”, Quito, 6 de octubre de 1888 y “Respuesta de León XIII al Presidente de la República, Antonio Flores”, Roma, 30 de enero de 1889, en Juan Bottasso, comp., *Los salesianos y la Amazonía, Relaciones de viajes 1893-1909*, t. I, Quito, Abya-Yala, 1993, pp. 387-392.

tuido un sostén fundamental para los proyectos conservadores que hasta entonces habían regido la política nacional. En el Oriente esta medida tuvo sus claroscuros. De un lado, las misiones dejaron de tener el reconocimiento oficial que hasta entonces habían tenido; pero por otro, exceptuando la expulsión de los jesuitas del Napo, los liberales toleraron la presencia de los misioneros en el Oriente, puesto que con ellas se aseguraba cierto control sobre este territorio y sus habitantes (Bottasso, 1982: 57).

Los partidarios de las misiones elaboraron un discurso basado en argumentos civilizatorios y patrióticos, según el cual las misiones suplían las carencias del Estado, contribuían a la cristianización y reducción de las poblaciones indígenas, al fomento de la colonización, a la construcción de vías de comunicación y al control de los territorios donde la presencia estatal era débil o inexistente. En 1910, en un momento de fuerte tensión diplomática entre Ecuador y Perú, el arzobispo Federico González Suárez y los obispos de Ecuador lanzaron un manifiesto en favor del restablecer oficialmente las misiones del Oriente. Los obispos señalaban los aportes de los misioneros, más allá de sus funciones religiosas:

El Oriente está reclamando a grito herido al predicador del Evangelio, porque él al mismo tiempo que desempeña un mandato divino es no menos el agente más activo de la cultura social, el desinteresado auxiliar del Gobierno civil, por fin, el más seguro centinela de la integridad del territorio patrio (González Suárez, 1928: 367).

Esta corriente favorable al restablecimiento oficial de las misiones no solo se nutrió de sectores pertenecientes a la Iglesia. También destacados personajes vinculados al liberalismo se posicionaron en favor de restablecerlas. Este es el caso de Eudófilo Álvarez, un conocido liberal que desempeñó destacados cargos administrativos en Macas y promovió la colonización oriental en las primeras décadas del siglo, quien señaló que la presencia de los misioneros era necesaria “por razones de orden interno e internacional”, por lo que el Gobierno debía apoyarlas (Álvarez y Tufiño, 1913: 75-77).

Las órdenes misioneras, en concreto los salesianos, pusieron en práctica este discurso patriótico y civilizatorio, incidiendo de forma directa en actividades orientadas a la colonización y la articulación del territorio oriental, lo que produjo un replanteamiento de las políticas liberales en cuanto a las misiones del Oriente. Este cambio empezó a hacerse efectivo con medidas como las que adoptó el gobierno del presidente Alfredo Baquerizo Moreno en 1916, asignando fondos a la misión salesiana y al Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca para impulsar los trabajos del camino El Pan-Méndez (Arízaga y Crespo Toral, 1919: 26). Poco tiempo después, durante el gobierno de José Luis Tamayo, las misiones fueron restablecidas oficialmente (1920) ver: “Oriente. Reformatoria

de la Ley Especial de 1904, Art. 14”, en *Anuario de legislación ecuatoriana*, 1920, 1921: pp. 39-43.

Ya durante el primer mandato de José María Velasco Ibarra (1934-1936), las misiones recibieron mayores atribuciones, situación que se mantendría, al menos, hasta la mitad del siglo XX. En concreto, para el caso salesiano, se crearon las escuelas fiscomisionales, dirigidas por la misión y financiadas por el Estado, y se llevaron a cabo los primeros contratos de colonización entre el Gobierno y la misión, para el establecimiento de reservas de territorio destinadas a los shuar (1935).³ Alfonso Rumazo González, en calidad de director de Oriente, afirmaba por entonces que el progreso de la región oriental se debía a las misiones religiosas y calificaba de “grave error” la expulsión de que habían sido objeto por parte de la administración liberal en 1895: “las misiones religiosas son el brazo fuerte con que deben contar todos los gobiernos para el progreso del Oriente” (Rumazo, 1936).

A partir de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX se produjeron profundas transformaciones en toda la Amazonía, a raíz de las cuales el Estado ecuatoriano se hizo presente en la región. A consecuencia de las dimensiones que adquirió el proceso colonizador y de la incipiente explotación petrolera, se elaboró una legislación específica para regular la colonización, dictándose leyes y surgiendo instituciones para llevar a cabo proyectos a gran escala. A este panorama de cambio socioeconómico hay que añadir el episodio traumático en cuanto a la cuestión territorial que vivió el país en 1941-1942 debido a la guerra con el Perú y la firma del Protocolo de Río de Janeiro. La conmoción resultante se expresó en la creciente militarización de las zonas de frontera, instalándose bases en diversas zonas del Oriente. En este contexto, las misiones perdieron el papel protagonista que venían desarrollando en las décadas anteriores debido a la irrupción de nuevos actores que empezaron a intervenir en la región, aunque mantuvieron sus parcelas de actuación e influencia.

3. Los proyectos regionales azuayos para el Suroriente y la misión salesiana

La llegada de los salesianos a Ecuador y su instalación en el Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza fue un hecho estrechamente relacionado con los proyectos de los grupos terratenientes del Azuay. A lo largo del siglo XIX, estos grupos desarrollaron una serie de iniciativas para expandirse sobre las áreas sel-

3 Ambas iniciativas fueron debidas al padre Vigna. A lo largo de este estudio nos extenderemos al respecto.

váticas colindantes al este de esta provincia con el objetivo de ampliar sus actividades económicas.

Desde muy temprano, esta expansión se dirigió al área de Gualaquiza, en la cual se pretendía revitalizar el lavado de oro, que se venía haciendo desde los tiempos coloniales, e instalar una presencia religiosa, fundándose una población en 1881.⁴ Además del lavado de oro, en el área de Gualaquiza se fue desarrollando un pequeño núcleo de colonización basado en los *entables*, grandes fincas que eran trabajadas por mayordomos en ausencia temporal o permanente de sus dueños, ubicadas en tierras hasta entonces no explotadas. Según una definición coetánea que proporciona Luis Cordero Crespo,⁵ se trataba de “los fundos recientemente establecidos, en localidades que antes habían permanecido incultas” (Cordero Crespo, 1875: 9). Los primeros entables se destinaron al cultivo del algodón, con el objetivo de producir materia prima para las industrias cuencanas, propiedad de familias influyentes, entre ellas la de Benigno Malo.⁶ Esta producción se abandonó a causa de las plagas, pero continuó cultivándose la caña de azúcar, de la que se destilaba aguardiente, y se recolectaba la paja toquilla para la elaboración de sombreros (Spinelli, 1826, en Bottasso comp., 1993, t I: 319). Durante el siglo XIX, las principales familias terratenientes del Azuay poseían entables en el área de Gualaquiza, destacando apellidos influyentes como Vega, Dávila, Vásquez, Moscoso, Heredia, Carrión, Ordóñez, Muñoz, Chacón, etcétera.⁷

4 Manuel Agustín Landívar, presentación y transcripción, en *Gualaquiza, Bomboiza y Zamora a comienzos del s. XIX. Expediente sobre el descubrimiento que hizo el Padre Misionero Antonio José Prieto de los jíbaros de Gualaquiza y Bomboiza*, Mundo Shuar, Serie E, n° 4, Sucúa, Centro de Documentación e Investigación Cultural Shuar, 1977.

5 Luis Cordero Crespo (1833-1912) ocupó importantes cargos políticos durante la década de 1860, siendo secretario de la Gobernación del Azuay (1865-1867) y diputado por esta misma provincia (1866). Opositor de García Moreno y de Ignacio de Veintimilla, fue un destacado impulsor del *progresismo*, tendencia política de los católicos liberales de Cuenca, y desempeñó la Presidencia de la República entre 1892 y 1895. Propietario de entables en Gualaquiza y Chigiüinda y empresario cascarillero, es una figura fundamental para el análisis de los intereses regionales azuayos en el Oriente durante el siglo XIX.

6 Benigno Malo (1807-1870) desempeñó importantes cargos públicos en el siglo XIX, siendo gobernador de Cuenca, ministro de Interior y diplomático. En la década de 1840 impulsó diversos proyectos para promocionar la inmigración y la colonización en el país e impulsar misiones en el Oriente, lo que no se puede desligar de sus intereses particulares en esta área del país.

7 Los textos de los primeros salesianos que fueron a Gualaquiza, como Jacinto Pancheri (“Primer viaje de exploración”, Cuenca, 20 de noviembre de 1893) o Joaquín Spinelli (“El primer viaje a Gualaquiza”, Sígsig, 11 de octubre de 1893a; “La llegada a Gualaquiza”, Gualaquiza, 18 de octubre de 1893b), se refieren a los entabladores y al apoyo que de ellos recibieron. Igualmente, Tomás Vega Toral (*Algunas consideraciones sobre nuestro Oriente amazónico y monografía del cantón Gualaquiza*, Cuenca, Editorial Don Bosco, 1958) reseña la evolución del sistema de entables.

En Gualaquiza, las hostilidades de los shuar produjeron frecuentes re-plegues de la actividad colonizadora, hasta el punto que esta población quedó prácticamente abandonada en algunas etapas del siglo XIX. Desde Cuenca, se organizaron expediciones punitivas o se establecieron guarniciones militares para defender a los escasos pobladores, generalmente peones al servicio de los entabladores. Las hostilidades fueron especialmente intensas durante la década de 1870, cuando se produjeron ataques a los entables de Cuchipamba y Bomboiza que se saldaron con la muerte de numerosos jornaleros, lo que produjo la retirada de los jesuitas⁸ y la decadencia de la región hasta finales de siglo (Pancheri, 1893: 39-40). Estos focos de resistencia shuar se irían neutralizando en las décadas finales del siglo XIX, debido a la creciente dependencia de los intercambios económicos con los blancos.

En las últimas décadas del siglo XIX, la demanda de cascarilla y sombreros de paja toquilla para la exportación intensificó el interés por el área de Gualaquiza. Por entonces, Luis Cordero Crespo realizó un minucioso reconocimiento de la zona, inventariando sus recursos y señalando el mal estado del camino, la falta de mano de obra para la agricultura y los ataques de los shuar como factores que impedían el desarrollo de la región, proponiendo algunas medidas para el fomento del área que fueron secundadas por el sector terrateniente azuayo (Cordero Crespo, 1875). Efectivamente, hacia finales de siglo, con el objetivo de contrarrestar la situación de abandono y decadencia en que se encontraban los territorios orientales, los terratenientes azuayos impulsaron dos grandes medidas: de un lado, una reforma administrativa que reforzara la articulación territorial del área y garantizara medios para su fomento; y de otro, la instalación de misiones salesianas, que habían de lograr la cristianización y el control de la población Shuar.

En cuanto a lo primero, solicitaron el restablecimiento del cantón Gualaquiza, por entonces inexistente, tal como figuraba en la Ley de División Territorial de 1861, es decir, conformado por las parroquias de Sígsig, Rosario y Gualaquiza, puesto que la parroquia de Sígsig era la única que podía proporcionar los fondos necesarios para sostener económicamente el cantón y asegurar la conservación del camino a Gualaquiza.⁹ La Convención Nacional de 1883-1884 aceptó esta propuesta y refundó el cantón Gualaquiza que, de acuerdo con la nueva Ley de División Territorial, quedó conformado por las parroquias de Sígsig, San Barto-

8 Los jesuitas permanecieron en Gualaquiza solamente dos años, entre 1870 y 1872, durante la época de García Moreno.

9 El cantón Gualaquiza se había creado en 1861 con las poblaciones de Sígsig, Gualaquiza y Rosario. En 1869 la población de Sígsig, hasta entonces cabecera cantonal, fue trasladada al cantón Gualaceo, por lo que el cantón Gualaquiza quedó reducido a las abandonadas poblaciones de Gualaquiza y Rosario. Posteriormente se suprimió el cantón Gualaquiza.

lomé, Ludo, Jima, Rosario y Gualaquiza,¹⁰ adjudicándose también la contribución subsidiaria del recién creado cantón para la mejora del camino de Sígsig a Gualaquiza, lo que permitió cierto mantenimiento. Posteriormente, el presidente Luis Cordero, en 1894, estableció la figura de un gobernador para el territorio de Méndez y Gualaquiza, aunque esta gobernación solo perduró hasta la transformación política de 1895.

En cuanto a lo segundo, apoyaron decididamente la creación de los cuatro vicariatos apostólicos en el Oriente y la instalación de los salesianos al frente del Vicariato de Méndez y Gualaquiza. En concreto, sabemos que una destacada personalidad vinculada a este sector terrateniente, Julio Matovelle,¹¹ desarrolló un papel fundamental para que dicho vicariato fuera asignado a los salesianos, considerados agentes imprescindibles para dar apoyo al proceso colonizador. En 1890, siendo senador por el Azuay, pidió al representante del Vaticano en el Ecuador que desplegara toda su influencia para que se crearan, a la mayor brevedad posible, los vicariatos apostólicos solicitados a la Santa Sede por el Congreso ecuatoriano en 1888 y señaló las grandes facilidades que ofrecían las autoridades y las instituciones del Azuay para la pronta instalación de los salesianos en Cuenca y en las misiones orientales de Méndez y Gualaquiza (Bottasso, comp., 1993, t. I: 329-357).

Durante el siglo XIX, los intereses azuayos en el territorio oriental se focalizaron especialmente en Gualaquiza, pero la reactivación económica de determinados productos en las décadas finales del siglo provocó también el surgimiento de proyectos para abrir otros núcleos de colonización en Indanza y Méndez por parte de hacendados de Gualaceo y Paute. Hacia 1889, hacendados como Luis Ríos, Honorato Vázquez y Remigio Crespo Toral hicieron explorar la zona de Méndez y confirmaron las buenas condiciones para la colonización. Luis Ríos exploró también la zona de Indanza e inició la construcción de una vía con fondos de caminos vecinales. De esta manera, diversos propietarios de Gualaceo instalaron establecimientos agrícolas (Arízaga y Crespo Toral, 1919: 46-47).

Hasta aquí, los grupos de poder azuayos se habían interesado por el Oriente como área que les permitía la obtención de determinadas producciones. Los entables constituyeron una clara expresión de ello, puesto que las tierras se dedicaban

10 “Ley sobre División Territorial” dada por la Convención Nacional el 17 de abril de 1884, en *Leyes y Decretos expedidos por la Convención Nacional de 1883*, Quito, Imprenta del Gobierno, 1884, p. 102.

11 Julio Matovelle (1852-1929) fue un destacado religioso y político conservador azuayo, senador y diputado por el Azuay en varias legislaturas y fundador de la Congregación de Misioneros Oblatos. Promotor de la colonización, creó el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay y la Sociedad Orientalista de Cuenca (1917), entidades que desarrollaron una activa tarea en favor de la proyección azuaya al Oriente en los inicios del siglo XX.

a cultivos de algodón o caña, así como a la recolección de paja toquilla que eran trasladados a la Sierra, sin promocionar cultivos de subsistencia que permitieran garantizar el poblamiento y el fomento de la región, más allá de la supervivencia de los escasos trabajadores. Esta situación se modificó a fines del siglo XIX y a inicios del XX, cuando el Oriente empezó a ser visto como tierra cuya colonización permitiría atraer población extranjera o trasladar población desde la Sierra.

Con este objetivo se plantearon diversas propuestas de colonización extranjera que proponían traer pobladores blancos, procedentes de Europa y EE.UU., con la creencia de que esta inmigración era garantía de desarrollo. En el suroriente, en concreto, se planteó llevar a cabo un proyecto impulsado por la Compañía Franco-Holandesa, dirigida por Julián Fabre, que debía traer de Europa 4.000 familias que se radicaría en las áreas de los ríos Morona y Santiago, y que recibirían lotes de terreno en concesión. La empresa se comprometía a construir grandes vías de comunicación entre la Costa y el Oriente, aunque el proyecto se abandonó debido a las grandes dificultades que se presentaron (Allioni, 1970, en Bottasso com., 1993, t. I: 329-357).

En cambio, el flujo de colonos serranos ya era, entonces, un proceso espontáneo e inevitable, debido a la situación de grave carestía de tierras que se registraba en las provincias del Azuay y Cañar. Es por ello que los sectores dirigentes regionales pusieron su empeño en difundir un discurso basado en la necesidad de caminos, colonización y misiones para lograr el control de los nuevos territorios del Oriente. La construcción de vías debía facilitar la entrada de colonos desde la Sierra y mejorar la acción oficial en la región. La colonización se debía promocionar mediante la exención de cargas fiscales a las producciones del Oriente y la protección de los colonos. Para completar estas medidas era necesario contar también con las misiones, que debían *civilizar* a los indígenas, apoyar a los colonos y garantizar la soberanía territorial frente a los países vecinos. Tal como se refleja en un texto de la época:

Arbitren los legisladores, magistrados y hombres influyentes del Azuay los recursos necesarios para la pronta conclusión de ese camino (El Pan-Méndez) y la refección y mejora del de Gualaquiza; alcancen medidas de generosa protección y defensa para el cultivador y colono de nuestro Oriente; fomenten decididos y entusiastas la Misión Salesiana, y se habrán hecho acreedores al aplauso y la gratitud de sus compatriotas (ibíd.: 20-21).

Esta proyección del Azuay hacia el Oriente se reflejó en la utilización del término *Oriente azuayo*, con el que se ponía en evidencia la incorporación al área de influencia azuaya de los territorios orientales colindantes de esta provincia. Además, los sectores terratenientes azuayos organizaron campañas de divulgación en favor de la colonización a través de conferencias y publicaciones, y crearon diver-

sas entidades destinadas a impulsar sus proyectos orientalistas, como la Sociedad Orientalista de Cuenca y el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay.

Desde la llegada de los salesianos a Cuenca, en 1893, se estableció una profunda relación de colaboración entre estos y los grupos de poder azuayos. Según refiere el padre Mattana, uno de los primeros salesianos que misionaron en Gualaquiza, Julio Matovelle les recibió en Cuenca con estas palabras que condensan todas las expectativas puestas en la misión: “Por fin han llegado ustedes para traer la salvación a esta provincia, y a los numerosos salvajes del Oriente que deseaban su presencia y suspiraban por ustedes” (Mattana, en Bottasso, comp., 1993, t. I: 121-131).

Muy poco tiempo después de su llegada se produjo la Revolución liberal (1895). Los salesianos estuvieron implicados en el movimiento de reacción conservadora que resistió al triunfo alfarista en el Azuay,¹² ya que el gobierno provisorio conservador proclamado en Cuenca utilizó el Colegio de Todos los Santos, a cargo de los salesianos, como taller armamentístico, lo que hacía prever grandes represalias una vez los liberales recuperasen el poder. Sin embargo, la temida expulsión de los salesianos de Gualaquiza no se llegó a hacer efectiva, gracias a la intermediación y el apoyo que recibieron por parte del gobernador nombrado tras la victoria alfarista, Virgilio Morla.

Tras el triunfo liberal, el Gobierno ecuatoriano toleró la presencia de los misioneros en el Oriente aunque retiró todo reconocimiento y apoyo oficial a las misiones. Durante bastantes años, estas se sostuvieron a base de limosnas procedentes del Azuay y de los Cooperadores salesianos en el resto del Ecuador y en Europa. En esta situación, los grupos de poder azuayos hicieron campañas de apoyo a la misión en ciudades y pueblos. Las autoridades religiosas, entre ellas el obispo Pólit Lazo, elogiaron las tareas desarrolladas por los salesianos en favor de la colonización del Oriente, solicitando limosnas a los fieles.¹³ Con este mismo objetivo, se creó la Sociedad Protectora de las Misiones Salesianas de Méndez y

12 Por cierto que uno de los líderes del Partido Conservador en la provincia del Azuay, organizador de la resistencia a la Revolución Liberal, fue el general Antonio Vega, propietario de extensos terrenos en Gualaquiza y uno de sus escasos pobladores estables durante el siglo XIX. Había sido jefe político del cantón Gualaquiza y apoyó a los jesuitas durante su breve estancia en esta área entre 1870 y 1872. Refugiado en Gualaquiza tras el triunfo alfarista, las tropas liberales entraron a esta población en su persecución. Estos hechos fueron relatados por el viajero italiano Enrico Festa (*en el Darién y el Ecuador. Diario de viaje de un naturalista*, Quito, Abya-Yala/CETA, 1993 [1909]), que permaneció en Gualaquiza entre noviembre de 1895 y julio de 1896, huésped de la Misión Salesiana.

13 Manuel María Espinosa Pólit, “Alocución en favor de las misiones orientales del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza”, Cuenca, 24 de mayo de 1917, en *Boletín Eclesiástico de las Diócesis Ecuatorianas*, tomo XXIV, nº 13, Quito, julio de 1917.

Gualaquiza (1898), con sedes en Cuenca y en Gualaceo, promovida por mujeres del sector terrateniente y dedicada a recolectar limosnas para el sostenimiento de la misión (Mattana, en Bottasso, comp., 1993, t. I: 164-173).

Si bien inicialmente la necesidad de las misiones se planteó con la finalidad de civilizar a los indígenas del Oriente, sus tareas en la práctica fueron mucho más amplias y tuvieron importantes repercusiones en la configuración, colonización y nacionalización del territorio, cuestiones sobre las que anotamos algunas ideas en el siguiente apartado.

4. Los salesianos en el Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza

4.1 El despliegue en el territorio¹⁴

La creación del Vicariato de Méndez y Gualaquiza se hizo efectiva en 1893. Según el decreto de creación, los límites del vicariato eran los siguientes: “por la parte septentrional, el río llamado Apotemona;¹⁵ por la meridional el río denominado Zamora; por la oriental, los ríos Morona y Marañón; por la occidental, finalmente, las Diócesis de Cuenca y Loja” (Bottasso, comp., 1993, t. I: 397).

Méndez y Gualaquiza constituían, por entonces, los únicos puntos de referencia en un área extensa y, en buena medida, desconocida. Ya hemos visto que influyentes terratenientes poseían propiedades en el área de Gualaquiza desde principios del siglo XIX y que existían proyectos orientados a colonizar el área de Méndez desde las poblaciones de Paute y Gualaceo, en la Sierra. De hecho, los primeros textos escritos por los salesianos, antes de desplazarse al territorio oriental, dejan entrever una disyuntiva entre comenzar las actividades misionales en Méndez o en Gualaquiza (Calcagno, 1891, en Bottasso, comp., 1993, t. I, Bruzzone, en Bottasso, comp., 1993, t. I). Se consideraba que los shuar de Méndez eran más receptivos a la influencia misional, mientras que perduraba la alarma sobre los de Gualaquiza a causa de las matanzas, todavía recientes, de 1870. Finalmente, los salesianos optaron por instalarse en Gualaquiza a causa de las mayores dificultades de acceso a Méndez, aunque desde los primeros años intentaron expandir su actividad hacia dicha región.

14 Para acompañar la lectura de este apartado, ver el mapa adjunto, tomado de Barrueco, 1959.

15 Antiguo nombre del Tutanangosa.

Los escasos colonos blancos y mestizos de la Sierra que habitaban los territorios del vicariato se concentraban en Gualaquiza y en algunos pueblos de su entorno, pero la mayor parte de sus pobladores eran indígenas shuar. En este sentido, no hay que olvidar que para los salesianos el trabajo misional en el Suroccidente supuso su primera experiencia con poblaciones indígenas de selva tropical. Sus ideas sobre los shuar se basaron, inicialmente, en las informaciones de otras congregaciones religiosas que habían trabajado antes en estas áreas, como los dominicos y los jesuitas, en base a las cuales se habían construido los imaginarios de la época que tipificaban a estos indígenas como paradigma del salvajismo y de la resistencia a la *civilización* (Taylor, en Muratorio, 1994). En cualquier caso, los shuar ya habían tenido contactos con otros religiosos, los más mayores incluso recordaban la presencia de los misioneros que habían permanecido en la región en las décadas anteriores.

En los siguientes puntos esbozamos las líneas generales del despliegue de los salesianos en los territorios del vicariato.¹⁶ Si atendemos a la toponimia, destaca el hecho que los salesianos establecieron un criterio principalmente geográfico para dar nombre a los centros que fundaban, los cuales recibieron el nombre de los ríos o de los valles en que se encontraban situados, siguiendo la costumbre shuar.

Primer núcleo misional en Gualaquiza

Casi recién creado el vicariato, entre octubre y noviembre de 1893, los salesianos Joaquín Spinelli y Jacinto Pancheri hicieron una primera excursión de exploración a Gualaquiza, que duró algo más de un mes, con el objetivo de tomar contacto con el territorio y sus habitantes, y preparar el terreno de cara a establecer la misión de forma estable (Spinelli, 1893a, 1893b; Pancheri, 1893). Para ello contaron con el apoyo de las autoridades azuayas y de los principales entabladores. Entre estos, destaca el papel desempeñado por Guillermo Vega,¹⁷ quien los acompañó en el camino y los alojó durante esta primera estadía.

Para llegar a Gualaquiza se recorría un camino dificultoso que demoraba varios días. Partía de la localidad de Sígsig, en la Sierra, atravesando una serie de

16 El avance y desarrollo de las misiones sobre el terreno puede seguirse a través de trabajos como Domingo Barrueco (1959), Lorenzo García (*Historia de las misiones en la Amazonía ecuatoriana*, Quito, Abya-Yala, 1985) y José Pintado (*Sirviendo a la Iglesia. 24 años en las misiones salesianas de Méndez*, Cuenca, Editorial Don Bosco, 1982). Ver también <<http://www.salesianos.org.ec/index.php/areas-pastorales/misiones-amazonicas>>.

17 Hijo de Antonio Vega, al que nos hemos referido en la nota 25 y continuador de la saga familiar. En palabras del padre Allioni, Guillermo Vega era “el más rico de todos los habitantes del valle de Gualaquiza”, en Bottasso, comp., 1993, t. II.

tambos y pueblos como Granadillas, Chigiüinda, Rosario, Cuchipamba, San José, entre otros, en los que unos pocos campesinos serranos se dedicaban al cultivo de caña y café, y a la recolección de paja toquilla. Estos pueblos habían registrado anteriormente mayor actividad y habían contado con más habitantes, pero se encontraban en una situación de abandono desde las matanzas de 1870. El viajero y naturalista italiano Enrico Festa recorrió este camino cuando se dirigía a Gualaquiza en 1895 y dejó una detallada reseña de las dificultades que entrañaba (Festa, 1993: 129-134).

Como el resto de poblaciones del Oriente, Gualaquiza no formaba un núcleo compacto, sino que las viviendas estaban diseminadas por el campo en torno a los terrenos cultivados y sobre la ribera de los ríos. Parece ser que por entonces contaba con unos ciento cincuenta habitantes, casi todos peones de los entables, que en su mayor parte estaban abandonados. Es por ello que sus propietarios mostraron un decidido apoyo a la instalación de los salesianos: “(los) entabladores de Cuenca muestran su contento por nuestra ida a Gualaquiza y manifiestan gran deseo de volver a tomar posesión de sus tierras” (Spinelli, 1893a: 106).

En 1894, los sacerdotes Mattana y Spinelli, junto con los hermanos Pancheri y Jurado, se instalaron de forma estable en Gualaquiza, acompañados por algunos carpinteros y herreros que habrían de colaborar en los trabajos poner puesta en marcha de la misión y formar a sus pobladores. El devenir de la misión en esta etapa inicial se caracterizó por la falta de apoyo gubernamental a partir de la Revolución Liberal, la escasez de recursos económicos, solventada en parte con las limosnas de Cooperadores, el aislamiento y la falta de personal salesiano y, por encima de todo, la sensación de realizar un trabajo inútil entre los shuar, dadas las dificultades que entrañaba su cristianización. Ante esta situación, los salesianos incluso se retiraron temporalmente de Gualaquiza por un breve período, en 1912.¹⁸

Los misioneros comenzaron por construir una casa para la misión en la cual se impartirían talleres de carpintería y herrería. Se abrió también una escuela de niñas a cargo de una maestra contratada hasta la llegada de las monjas salesianas, prevista para cuando avanzaran los trabajos de construcción.¹⁹

18 Los escritos del padre Mattana, que permaneció en Gualaquiza entre 1894 y 1907, permiten documentar el desarrollo de la misión, las dificultades y el esfuerzo organizativo de estos primeros años. Algunos de sus textos se encuentran recogidos en Bottasso (1993, I: 119-225).

19 Las hermanas de María Auxiliadora permanecieron en Gualaquiza entre 1902 y 1912. Retornarían bastantes años más tarde, en 1930. Su papel en el vicariato fue muy significativo a partir de 1925. A lo largo de este trabajo hacemos algunas alusiones a las salesianas, aunque es necesario un trabajo documental y analítico más específico sobre su trayectoria histórica en el vicariato y en el país.

Igualmente, se levantó el plano del terreno de Gualaquiza, marcando el lugar de las plazas, las calles y los edificios con que contaría la futura ciudad. Los primeros informes al Gobierno, en mayo de 1894, daban cuenta de estos avances y de las expectativas de colonizar: crear una Escuela de Agricultura Práctica y mejorar el camino a la Sierra por Sigsig, para lo cual solicitaban que se aumente el presupuesto destinado a los salesianos.²⁰

A finales de 1894, un incendio provocó la destrucción de los edificios recién construidos y de importantes reservas que los misioneros tenían acumuladas para este período de arranque (comida, muebles, botiquín, herramientas, regalos para los shuar, etcétera), a lo que se sumó, en ese mismo año, una epidemia de viruela que dispersó a los shuar. Poco tiempo después, la Revolución Liberal de 1895 supuso la retirada del apoyo oficial a las misiones. Tras el incendio, se construyeron nuevamente una iglesia, un edificio para los salesianos que albergaría la escuela y el internado masculinos, y otro parecido para las salesianas. Se retomaron los talleres y se introdujeron avances tecnológicos y cultivos agrícolas. Asimismo, se consolidó una pequeña feria semanal que, con los intercambios, suponía un factor de atracción para los shuar dispersos (Mattana, 1896). Las limosnas fueron imprescindibles en este período de inicio: las fuentes refieren que para reconstruir los edificios destruidos con el incendio de 1894 y reemprender las actividades se emplearon hasta 15.000 sucres proporcionados por católicos del Azuay (Mattana, 1897: 166-167). El modelo de misión instaurado tempranamente en Gualaquiza fue reproducido posteriormente en los centros misionales que se irían fundando.

Los primeros años en Gualaquiza se caracterizaron por las frecuentes *excursiones apostólicas* de los salesianos, que permitieron tomar contacto con los shuar en diferentes puntos del territorio y establecer una serie de estaciones que eran visitadas periódicamente a falta de recursos suficientes para mantener residencias estables.²¹ Estas exploraciones permitieron también incrementar el conocimiento del territorio y habilitar vías de comunicación, especialmente al interior del vicariato. En concreto, en esta etapa se abrió una vía de Gualaquiza a Chuchumbeza y Pachicosa, siguiendo las orillas del Zamora; y otra de Gualaquiza a Indanza, desde donde se podía continuar hasta Gualaceo y Méndez.

20 Luis Calcagno, "Informe sobre las misiones de Méndez y Gualaquiza", Quito, 5 de mayo de 1894, en Roberto Espinosa, *Informe del Ministro de Instrucción Pública, Negocios Eclesiásticos, Justicia, Beneficencia y Caridad y Estadística al Congreso Constitucional de 1894*, Quito, Imprenta del Gobierno, 1894, p. 285-286.

21 Según informes del padre Mattana, en estos primeros años se establecieron estaciones en Cuchipamba, Bomboiza, Zamora, Pachicosa, Chuchumbeza, Indanza, Yunganza, etc. F. Mattana, "Relación al Cardenal Merry de Val", Roma, 17 de julio de 1907, p. 223.

Primera expansión de la actividad misional: Indanza y Méndez

Gualaquiza constituyó el único centro misional estable en los territorios del vicariato durante veinte años. En la segunda década del siglo XX, la experiencia adquirida llevó a plantear nuevas iniciativas para continuar desplegando la actividad misional. Además, en este momento fue posible la llegada de más misioneros, lo que permitió fundar otros centros de misión estables en los lugares donde se venían realizando visitas eventuales a los shuar desde tiempo atrás.

En concreto, monseñor Costamagna, primer vicario apostólico de Méndez y Gualaquiza, encargó al padre Albino del Curto la fundación de misiones en Indanza y Méndez. Estas áreas ya no estaban pobladas únicamente por indígenas, debido a la llegada constante de colonos serranos que se dedicaban al lavado de oro en los ríos. Mattana refiere, hacia 1906, una creciente corriente de colonización desde el Azuay que iría creciendo en años posteriores: "(...) en estos últimos meses, con motivo de la carestía general que pesa sobre las provincias azuayas, son muchos los que se han trasladado a las comarcas orientales" (Mattana, 1906: 213).

En 1914, Albino del Curto se estableció de forma estable en Indanza. La colonización en esta área se había iniciado en las últimas décadas del siglo XIX, impulsada por hacendados como el ya mencionado Luis Ríos, quien intentó abrir una vía de comunicación desde Gualaceo a la región de Indanza. Coincidiendo con el arribo de los salesianos, el municipio de Gualaceo financió la construcción de dicha vía, así como un servicio quincenal de correo, lo que activó la colonización y supuso un apoyo importante para consolidar la actividad misional (García, 1985: 345). Indanza se fue poblando con colonos gualaceños y hacia 1930 se realizaba lavado de oro y existían numerosas propiedades en las que se obtenía algodón, caña de azúcar, café, paja toquilla, etcétera, fabricándose sombreros, tejidos, derivados de la caña, etcétera.²² La misión se trasladó, posteriormente, al emplazamiento de la actual Limón, en el valle del Yunganza (1936).

La misión de Méndez se fundó en 1916 y respondió al proyecto que tenían los salesianos de convertir Méndez, área que daba nombre al vicariato, en su centro neurálgico. También por indicación de Costamagna, el padre Albino del Curto se desplazó a fundar Méndez desde la misión de Indanza. La misión de Méndez se inició entre un pequeño núcleo de mineros que lavaban oro en la región y contó con el apoyo de los escasos propietarios que abrían la zona a la colonización desde el área de Paute, en la Sierra.

22 Ver "Cuadro estadístico de la parroquia de Indanza", en Luis F. Mora y Arquímedes Landázuri, *Monografía del Azuay*, Cuenca, Tipografía Burbano Hermanos, 1926.

Los salesianos participaron activamente en el proyecto de abrir una vía de comunicación entre El Pan y Méndez, de unos ochenta kilómetros de recorrido. Los trabajos iniciales se financiaron con aportaciones de la Congregación Salesiana y con el trabajo de los pobladores campesinos de El Pan, organizando *mingas* hasta de cuatrocientas personas que participaban con la expectativa de obtener tierras baldías.²³ A partir de 1918, el Gobierno de Alfredo Baquerizo Moreno concedió una asignación anual y encargó la construcción de la vía al Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, entidad que nombró director de la obra al padre Albino del Curto, iniciador de los trabajos (Arízaga y Crespo Toral, 1919: 26). Hacia 1924 se había puesto en servicio, aproximadamente, la mitad de la vía. Para terminarla, se firmó un contrato por el cual la Misión Salesiana se comprometió a finalizarla y el Gobierno entregó 110.000 sucres. No obstante, buena parte de los gastos se sufragaron con aportaciones de la misión. Los trabajos concluyeron definitivamente en 1931.²⁴

La construcción de la vía El Pan-Méndez supuso el tendido de diversos puentes, entre los que destacó el puente Guayaquil, inaugurado en 1930. Su construcción estuvo a cargo del salesiano Pancheri y se financió con aportaciones de la ciudadanía guayaquileña, recolectadas a través del Comité Patriótico Orientalista de Señoras de Guayaquil, conformado por mujeres de los grupos dirigentes de la ciudad. Esta organización, cuya fundación había sido impulsada por monseñor Comín, segundo vicario apostólico, y por el padre Crespi, tenía como finalidad “cooperar con la Misión Salesiana a fin de resolver prácticamente y con método algunos de los más graves y urgentes problemas orientales”.²⁵ A través del camino El Pan-Méndez llegaron al Oriente numerosos colonos azuayos. Las fuentes indican que en la década de los treinta Méndez creció extraordinariamente debido al lavado de oro, atrayendo a numerosa población. Actualmente es cabecera cantonal del cantón Santiago, en la provincia de Morona Santiago.

La expansión de la actividad misional desde Gualaquiza también se dirigió, a inicios de los años veinte, hacia Rosario (hoy Aguacate) y Chigüinda, parroquias civiles situadas en el camino de Sígsig a Gualaquiza. Los salesianos establecieron misiones estables en estas dos poblaciones, que en esos años registraban un gran dinamismo por la afluencia de numerosos colonos originarios de Sígsig dedicados

23 En los primeros meses de trabajo se produjo un derrumbe en el cual murieron nueve trabajadores.

24 Ver el artículo sin autor “Un benefactor de la patria ecuatoriana”, en *El Mercurio*, nº 4523, Cuenca, 23 de julio de 1939.

25 Comité Patriótico Orientalista de Señoras, *9 de Octubre de 1924*, Guayaquil, Imprenta Gutenberg, 1924; *Memoria e informes desde el 9 de octubre de 1924 hasta el 31 de diciembre de 1929*, Guayaquil, Talleres Gráficos, 1930.

al cultivo de la paja toquilla o al lavado de oro. Estas misiones perduraron hasta la década de los sesenta.

Incorporación del área de Macas al Vicariato salesiano

Hasta aquí hemos visto que los primeros centros misioneros se habían creado en núcleos en los cuales apenas existía una incipiente presencia colonizadora. Macas, en cambio, era una población con un buen número de habitantes y una larga trayectoria histórica, cuyos orígenes se remontaban al siglo XVI. Contaba ya con más de trescientos colonos permanentes hacia la mitad del siglo XIX, lo cual la hacía distinta del resto de poblaciones del Oriente, en las que predominaba un patrón de residencia inestable (Villavicencio, 1858).

Los testimonios de principios del siglo XX presentan a Macas situada en medio de la selva, con las casas no compactadas en un núcleo, sino dispersas y rodeadas de vegetación. Los puntos de referencia que marcaban la estructura del pueblo eran una calle principal, de la cual partían caminos a derecha e izquierda que conducían a las propiedades de los colonos, y una colina alta donde se encontraban la misión y la iglesia. La agricultura y la ganadería eran las principales actividades económicas, junto con la extracción de quina y caucho que puntualmente también tuvieron incidencia. A lo largo de varios siglos de contacto entre los colonos y los shuar de Macas se habían ido creando fuertes vínculos económicos, puesto que los colonos obtenían de los shuar determinados productos de subsistencia y prestación de mano de obra a cambio de herramientas metálicas y otros objetos. Al parecer, el aislamiento secular en que vivían los colonos provocó que asimilaran ciertos elementos de la cultura Shuar, tales como indumentaria, vivienda, comida, etcétera, en tanto que este proceso a la inversa no fue tan significativo. Las casas de los colonos, por ejemplo, eran construidas como las de los shuar, tanto en la estructura como en el aspecto interior (Karsten, 1998: 277-278; Álvarez y Tufiño, 1912: 39-52). En esta situación se produjo un peculiar fenómeno idiomático, puesto que los colonos aprendieron más el idioma de los shuar que viceversa, aunque empobreciéndolo (Bottasso, 1982: 62-63). Con el paso del tiempo, las relaciones entre colonos y shuar, que inicialmente habían sido de intercambio económico, se hicieron cada vez más asimétricas, convirtiéndose en relaciones de dominación. En las primeras décadas del siglo XX, con el auge de las actividades agrícolas y ganaderas en el valle del Upano, los colonos habían acaparado la tierra y tenían trabajadores shuar a su servicio, especialmente para desbrozar terrenos, produciéndose situaciones de explotación.

Anteriormente a los salesianos, otras misiones católicas habían estado presentes en Macas. En 1870, los jesuitas iniciaron sus tareas sobre los colonos e inten-

taron incidir sobre los shuar aprendiendo su idioma y desplazándose adonde estos se encontraran con la intención de establecer reducciones. No obstante, aunque los ataques contra la misión no fueron tan intensos como los que tuvieron lugar en Gualaquiza en la misma época, los shuar mantuvieron una actitud hostil, por lo que la misión jesuita fue abandonada en 1884. Un poco más tarde, en 1887, se establecieron los dominicos. En esta ocasión, los misioneros intentaron poner fin al tráfico de tsansas, lo que levantó la animadversión de los shuar y los comerciantes que participaban de este comercio obteniendo grandes beneficios.²⁶ A partir de 1891, los dominicos se retiraron, aunque continuaron visitando periódicamente Macas durante unos cuantos años y nombraron un síndico encargado de las tareas religiosas, cargo que recayó en diversos colonos influyentes de esta población. A partir de 1898, Macas ya no contó con presencia de misioneros y solo recibió de vez en cuando la visita de algún sacerdote de la Diócesis de Riobamba.

Por otro lado, desde principios del siglo XX se instalaron en Macas misioneros evangélicos de la Gospel Missionary Union. El primer misionero, Mr. Freland, llegó en 1902. A partir de 1905, Mr. Charles Olson empezó a trabajar en Macas y posteriormente también en Sucúa, permaneciendo en la zona a lo largo de varias décadas. Aunque observadores de la época juzgaron que los esfuerzos misionales de los evangélicos tenían una repercusión nula (Karsten, 1998: 281), su presencia era un motivo de preocupación para las autoridades y para algunos pobladores católicos; lo que probablemente fue un factor determinante para que los salesianos fueran llamados a Macas. Cabe señalar que entre las dos misiones se entabló una relación de rivalidad que propició la divulgación de rumores, así como la competencia por captar fieles.

Desde que los salesianos comenzaron su trabajo en Méndez (1917) recibieron peticiones de visitar Macas e instalarse allí por parte de propietarios de la zona, entre ellos Juan Velín, Dionisio y Mario Rivadeneira, etcétera. El obispo de Riobamba les asignó la atención religiosa de Macas, que pasó a depender del Vicariato salesiano. Desde 1918, los padres Albino del Curto y Salvador Duroni empezaron a desplazarse eventualmente desde Méndez para visitar Macas y, a partir de 1924, Duroni se estableció definitivamente (Barrueco, 1959).

En los primeros tiempos de la misión en Macas los salesianos fundaron una escuela y un internado en el que recibían a colonos y shuar. Asimismo, abrieron un

26 El comercio de *tsansas* fue muy activo en la segunda mitad del siglo XIX a causa de la demanda creciente que se registraba en Europa y los EE. UU. Afectó todo el suroriente, incrementando el conflicto y las guerras al interior del grupo shuar. Indígenas shuar suministraban cabezas reducidas a comerciantes venidos del Perú por vía fluvial y a comerciantes de la Sierra, que eran cambiadas por armas de fuego, herramientas, entre otros.

hospital. La Escuela Guayaquil y el Hospital Guayaquil fueron financiados por el Comité Patriótico Orientalista de Señoras de Guayaquil, al que nos hemos referido anteriormente. Los salesianos, asimismo, impulsaron la primera instalación eléctrica de Macas (1932), activada mediante energía hidráulica. Esta tarea, dirigida por el padre Crespi, permitió disponer de aserradoras y cepilladoras mecánicas. La apertura del Colegio Normal Don Bosco, con sede en Macas (1951), dedicado a la preparación de maestros, tendría repercusión en todo el territorio suroriental.

Por su parte, las religiosas salesianas estuvieron presentes en Macas desde 1925 ocupándose de tareas educativas y sanitarias. Las primeras religiosas fueron sor Dominga Barale, sor María Troncatti²⁷ y sor Carlota Nieto. Sus trabajos fueron apoyados por la maestra Mercedes Navarrete, gran colaboradora de los salesianos, quien ya se encontraba a cargo de la escuela de niñas desde antes de la fundación de la misión y que, posteriormente, continuó su tarea educativa en Sucúa.

Las vías de comunicación fueron una cuestión compleja en Macas hasta bien entrado el siglo XX y los salesianos incidieron también en esta cuestión. Desde la época colonial un camino unía la ciudad de Riobamba con Macas, pasando por Zuñac. Según Karsten, que lo transitó en diversas ocasiones entre 1917 y 1919, se tardaba unos siete días en llegar y era el más dificultoso de los caminos al Oriente (Karsten, 1998: 267-277). Mediante la construcción del camino El Pan-Méndez se logró la articulación de Macas con las poblaciones de Sucúa, Huambi, Logroño y Méndez. Así, los salesianos solían acceder a Macas desde el Azuay por la vía El Pan-Méndez que se prolongaba hasta Macas.²⁸ No obstante, Macas se mantuvo en una situación deficitaria en cuanto a comunicaciones terrestres hasta mediado el siglo XX. Tanto las producciones agrícolas y ganaderas locales como las importaciones se trasladaban por vía aérea.

Expansión a partir de Macas: fundación de Sevilla Don Bosco, Sucúa y Huambi

La actividad desarrollada en Macas irradió en sus inmediaciones con la fundación de centros en Sevilla Don Bosco, Sucúa y Huambi. En la época en que los salesianos comenzaron a trabajar en Macas, el río Upano constituía una frontera

27 La biografía de sor María Troncatti, elaborada por María Dominga Grassiano, recoge la trayectoria de esta religiosa en el vicariato desde 1922 a 1969, facilitando numerosas informaciones sobre el desarrollo de las misiones a lo largo de estas décadas. María Dominga Grassiano, *Selva, patria del corazón*, Quito, Abya-Yala, 1995.

28 Una descripción de este periplo hacia 1925, descrito desde la experiencia de las religiosas como María Troncatti, en M. Grassiano (1995: 69-107).

étnica. Macas se consideraba un pueblo de blancos y mestizos mientras que los shuar habitaban la otra orilla del Upano, donde había estado ubicada la antigua ciudad colonial de Sevilla de Oro, y solo pasaban a Macas para abastecerse de determinados productos. Los contactos con los shuar al otro lado del Upano se iniciaron hacia 1929, cuando los salesianos de Macas, especialmente los padres Ávila y Rouby, Duroni y Corbellini, y Ghinassi empezaron a visitarlos regularmente y a reconocer dicho territorio. Después, las actividades se hicieron más regulares, ya que el Gobierno cedió un terreno a la misión donde se empezó a hacer catequesis y costura por parte de las monjas, además de proporcionar atención médica. De esta forma, las relaciones entre la misión y los shuar se fueron estrechando y estos empezaron a cruzar al otro lado del río en busca de determinados servicios que ofrecía la misión, especialmente atención sanitaria y medicinas.

Las fuentes dan referencias del colono Venancio Aguayo, por entonces el único que vivía en la zona de Sevilla Don Bosco y que apoyó a los misioneros (Grassiano, 1995: 197). No obstante, algunos colonos de Macas boicotearon la actividad misional al otro lado del Upano difundiendo rumores en su contra entre los shuar. Estos hechos se sitúan en un momento en que el posicionamiento de los salesianos en favor de los derechos indígenas a un territorio propio empezaba a ser cuestionado por ciertos agentes colonizadores.

En Sevilla Don Bosco se llevó a cabo por vez primera el proyecto de formar núcleos familiares con los jóvenes egresados de los internados, a los que se daba una vivienda y unas chacras en terrenos concedidos por el Gobierno; proyecto al que nos referiremos más ampliamente al hablar de la configuración del territorio y de la colonización. Un hecho fundamental en la evolución de Sevilla Don Bosco fue la construcción de una pista de aterrizaje y el inicio del servicio aéreo que tuvo lugar hacia 1947. En 1958 fue creada oficialmente la parroquia de Sevilla Don Bosco, siendo el primer centro de población shuar reconocido oficialmente por el Gobierno como pueblo y parroquia civil.

En cuanto a Sucúa y Huambi, en la década de los veinte, constituían pequeños núcleos de colonización formados por unas pocas familias de colonos y situados entre Méndez y Macas. Tras la fundación de la misión de Macas, en 1924, los colonos católicos de estas dos pequeñas poblaciones pidieron a los salesianos la creación de misiones, lo que se concretó hacia 1930. No obstante, la entrada de los salesianos en Sucúa estuvo marcada por las graves tensiones con la misión evangélica, presente en este lugar desde tiempo atrás. El teniente político, vinculado a los evangélicos, fue asesinado y hubo acusaciones contra el padre Stahl, salesiano, por las que este tuvo que salir de Sucúa, y contra algunos colonos. Estos hechos enrarecieron el ambiente a tal punto que durante varios años impidieron a los salesianos implantar una misión estable en Sucúa. No obstante, se mantuvo un

pequeño internado de niñas shuar y una escuela a cargo de Mercedes Navarrete, quien anteriormente había sido maestra en la escuela de Macas. Posteriormente, continuaron los conflictos con la misión protestante, que difundía rumores contra los salesianos y propiciaba la huida de los jóvenes shuar del internado salesiano.

Sucúa se convirtió en un nudo central en las comunicaciones del suroriente, ya que el valle en el que está ubicada es el más amplio de la actual provincia de Morona Santiago. A partir de los años cincuenta experimentó grandes transformaciones con la construcción de una pista de aviación y la llegada de aeroplanos. Igualmente, se abrieron carreteras hasta Huambi y Macas. Alrededor de Sucúa nacieron una serie de anejos que, con el tiempo, se convirtieron en los centros shuar que conformaron la base de la Federación Shuar en 1964.

La expansión misional hacia las zonas de frontera del Santiago y del Morona

La alarma en torno a la cuestión fronteriza desencadenada a partir de 1940 llevó a impulsar la colonización y la presencia del Estado más allá de la cordillera del Cutucú, en las áreas de los ríos Santiago y Morona, próximas a la frontera con el Perú, habitadas por indígenas Shuar y Achuar. Este proceso colonizador y nacionalizador se inició con el establecimiento de destacamentos militares y centros misionales.

En el área del Santiago los salesianos empezaron a visitar de vez en cuando la zona de Yaupi, desplazándose desde Méndez, hasta que el padre Ghinassi se instaló de forma estable en 1944. Esta misión también fue conocida, en sus inicios, como Nueva Guayaquil, en homenaje a los Cooperadores de esta ciudad que seguían aportando fondos de forma significativa a las misiones.

Así, el trabajo misional se expandió a partir de los sesenta con la fundación de la misión de Santiago, a la que se accedía descendiendo el río Yaupi y remontando a continuación el río Santiago. La necesidad de asegurar la presencia misional en la zona del Santiago, como apoyo a la nacionalización de este territorio que se encontraba muy alejado de los dominios del Estado, llevó a una modificación de los límites del vicariato. Mediante esta, una importante extensión de terrenos hasta el límite con el Perú, que pertenecían al Vicariato franciscano de Zamora, pasaron al Vicariato de Méndez y Gualaquiza, puesto que el acceso para los franciscanos era más dificultoso que para los salesianos. Para desarrollar la actividad misional en el área del Santiago fue decisiva la colaboración del matrimonio Arcos-Tuitza, una pareja de laicos salesianos conformada por Juan Arcos Segarra, maestro y catequista, y su esposa, una mujer shuar educada en los internados, que contribuyó a

facilitar el contacto con los shuar del Santiago. Alrededor de las misiones de Yaupi y de Santiago se consolidaron diversos anejos shuar y un poco más tarde, hacia 1970, se fundó la misión de Miazal.

En el área del Morona se fundó, hacia 1958, la misión de Taisha, a la que los salesianos se desplazaron desde Sevilla Don Bosco. Esta área estuvo marcada por la presencia de los destacamentos militares de Miazal y Morona, y fue prospectada por compañías petroleras que construyeron pistas de aviación, propiciando las comunicaciones y la entrada de la colonización. Igualmente, la presencia de misioneros evangélicos fue anterior a la llegada de los salesianos y provocó, como en otras zonas, una situación de rivalidad. Desde Taisha se hicieron los primeros contactos con los achuar en los años sesenta, dando inicio a las actividades de los salesianos en Wichim y Wasakentsa, a cargo del padre Luis Bolla (*Yankuam*) y de Josep Arnalot (*Chuint*). Estos misioneros iniciaron un quehacer crítico con la incorporación forzosa a la economía de mercado y la militarización que se imponían por ese entonces en la Amazonía, basados en el respeto a los indígenas y en su participación en la toma de decisiones que habrían de afectar seriamente sus formas de vida (Arnalot, 2007).

Otra corriente de expansión de la actividad salesiana se dirigió en la década de los cincuenta hacia el área del Chiguaza, donde se intentaba promocionar la colonización desde las provincias de Chimborazo, Bolívar y Tungurahua. Esta proyección de las provincias centrales de la Sierra hacia el Oriente se había iniciado a finales del siglo XIX, cuando se planteó la construcción de una vía de comunicación de Riobamba a Huamboya, que fue objeto de varias exploraciones como la del padre Riera en 1892 y la de Luis Tufiño y Eudófilo Álvarez en 1912. La propuesta, conocida como “vía al Morona”, debía facilitar la colonización de los ríos Palora, Chiguaza y alto Morona, y se revitalizó notablemente a finales de la década de los treinta. Los salesianos colaboraron estrechamente en esta tarea con la Junta Orientalista del Chimborazo, principal entidad promotora desde décadas atrás. En concreto, sabemos que los padres Brito y Fromaggio realizaron sendas visitas de inspección en 1945 y 1949, recomendando la construcción de esta vía.²⁹

No obstante, los salesianos no desarrollaron actividades en esta zona hasta después de 1951, año en que un decreto vaticano amplió los límites del vicariato hacia el norte, incorporando las zonas del Palora y del río Pastaza que hasta entonces formaban parte de los territorios de la Prefectura de Canelos (L. García, 1985: 341). Esta modificación habría de permitir la expansión de la actividad salesiana

29 Según consta en el texto sin autor, “Valiosos conceptos de dos eminentes misioneros salesianos sobre la importancia de la carretera Riobamba-Huamboya-Morona, con ramal de Chihuaza a Macas. Los padres Elías Brito e Isidore Formaggio, SS”; hoja volante, s.e., s.l., 1949.

y así, hacia 1954, desde Macas y Sevilla Don Bosco, se iniciaron los trabajos para fundar la misión de Chiguaza.

5. La actividad salesiana y su incidencia en la configuración, colonización y nacionalización del territorio

5.1 Configuración territorial

La configuración que fueron adquiriendo los territorios del vicariato estuvo estrechamente asociada al desarrollo de la Misión Salesiana, especialmente en el período que va de 1893, fecha en la que los salesianos iniciaron su actividad, hasta los años cuarenta y cincuenta del siglo XX. En esta etapa los salesianos tuvieron un papel fundamental en la ampliación del conocimiento sobre el territorio, prácticamente desconocido excepto en las regiones más articuladas del piedemonte, y en la fundación y consolidación de centros poblados. Además, asumieron funciones logísticas y organizativas en la región con la construcción de vías de comunicación e infraestructuras y la prestación de servicios básicos. Estos trabajos, desmesurados de acuerdo con los recursos humanos y económicos disponibles, les proporcionaron capacidad de influencia ante los poderes públicos.

Entre los factores que explican el por qué los salesianos desempeñaron unas funciones que iban mucho más allá de las específicamente catequísticas, debemos señalar, especialmente, su capacitación técnica y científica. Cuando se promovió su venida a Ecuador para suministrar profesorado para la Escuela de Artes y Oficios y ocuparse de las misiones en el Oriente, Carlos Rodolfo Tobar, el entonces subsecretario de Educación, los describía como una orden profundamente implicada con el progreso: “La Orden Salesiana es, por así decirlo, el producto de la unión de las miras del Catolicismo y de las tendencias del siglo del vapor y de la electricidad”.³⁰

Al respecto, vale la pena recordar que los salesianos elaboraron estudios científicos sobre el vicariato, ya fueran botánicos, zoológicos, etnográficos o geográficos; diseñaron poblaciones y construyeron caminos y puentes; introdujeron nuevos cultivos, innovaciones mecánicas, instalaciones eléctricas, tendidos telefónicos, etc. En este sentido destacan, en los primeros tiempos de la misión, figuras como Carlos Crespi, Jacinto Pancheri, Albino del Curto o Miguel Allioni.

30 J. Modesto Espinosa, *Informe del Ministro de Instrucción Pública, etc. al Congreso de 1885*, Quito, Fundación de Tipos de M. Rivadeneira, 1885, p. 25-26.

Conocimiento del territorio

Cuando los salesianos llegaron al Ecuador, el Oriente era todavía una región desconocida en el resto del país, que inspiraba incluso temor. Las informaciones recogidas por los misioneros no eran muy alentadoras. Uno de los primeros textos salesianos refiere:

Por las noticias que hemos podido recabar de los intrépidos y celosos misioneros de la Compañía de Jesús y de la Orden de Predicadores, que desde años laboran en esa provincia del Oriente, hemos comprendido que aquellas misiones pueden considerarse de las más difíciles y peligrosas. Esta misma opinión nos la confirmaron las relaciones personales de individuos que conocen aquellos lugares (L. Calcagno, 1891: 19).

El autor de este texto, el padre Calcagno, se refería, a continuación, a dos tipos de dificultades: *de los lugares* y *de los salvajes*, llegando a afirmar que estos practicaban la antropofagia.³¹

La necesidad de conocer llevó a que los salesianos, especialmente en los primeros tiempos, se convirtieran en *padres itinerantes*, desplazándose a través de extensos territorios. Estas exploraciones, que dieron lugar a numerosos textos de carácter geográfico y etnográfico (Bottasso, 1993b), permitieron desvanecer parte de los temores y las confusiones sobre los shuar: “dejamos de tener ese poco de temor de los jívaros”, escribía Pancheri, tras el primer viaje de exploración (Pancheri, 1893: 43, en Bottasso, comp., 1995, t. I) y, asimismo, pusieron las bases para el progresivo despliegue misional por el vicariato.

Para los salesianos, la necesidad de explorar el territorio obedecía, ante todo, a una finalidad apostólica: la de contactar con nuevas poblaciones a las que cristianizar. Los regalos constituían el único medio de acercamiento a los shuar y estos aceptaban con gusto la presencia eventual de los misioneros, quienes les facilitaban artículos muy apreciados como hoces, cuchillos, fósforos, pólvora, municiones, telas, agujas, hilo, espejos, etcétera, contribuyendo a acelerar la incorporación de estos indígenas a la economía de mercado. Tal como explicaba Festa, por entonces los shuar se acercaban con mucho interés a los blancos para obtener estos objetos: “Los jívaros demuestran mucha benevolencia con los blancos, por la esperanza de sacar ganancias con los trueques, mediante los cuales se abastecen de herramientas de trabajo, armas, municiones, ropa y adornos” (Festa, 1993: 225).

Además, durante sus viajes, los misioneros atendían a los shuar que estaban enfermos debido a la propagación de nuevas epidemias, lo cual aumentaba su dependencia. Por todo esto, los shuar se mostraban aparentemente receptivos a las

31 Apreciación sensacionalista que se difundía habitualmente en los textos de la época, así como la de que realizaban sacrificios humanos.

visitas misionales e incluso se instalaban periódicamente en las inmediaciones de la misión, accediendo a la cristianización con la finalidad de obtener mayores dádivas. No obstante, los salesianos eran conscientes que se trataba de conversiones espurias y que, en realidad, los shuar no estaban dispuestos a ceder a demandas que suponían un cambio cultural significativo.

Las exploraciones tuvieron el valor añadido de proporcionar a los salesianos mayor prestigio ante las instituciones y, por supuesto, contribuir al conocimiento geográfico en un momento en que este adquiriría interés en el país. Pancheri llevó a cabo una primera exploración, todavía recién instalada la misión en Gualaquiza, que siguió una ruta hasta Indanza y desde allí, salió a la Sierra por Gualaceo, a través del intrincado camino que, por ese entonces, algunos propietarios intentaban abrir para establecer haciendas. Esta exploración se hizo a sugerencia del superior don Calcagno, con la intención de “poder completar el mapa de este país, todavía casi completamente desconocido, y poderlo presentar al próximo congreso” (Pancheri, 1894: 56, en Bottasso, comp., 1993, t. I). Efectivamente, Pancheri elaboró un informe geográfico y un mapa que fueron presentados al Congreso de 1894. Igualmente, Pancheri, junto con Festa, prepararon un esbozo *geográfico de la región desde Gualaquiza hasta el valle del Santiago*, utilizando los apuntes hechos por Pancheri durante su exploración de Méndez e Indanza (1894), así como los de Festa, quien realizó varias exploraciones durante su estadía en Gualaquiza, entre 1895 y 1896, logrando una aproximación bastante exacta a las posiciones de los ríos de esta región.

Para realizar estas exploraciones que a veces recorrían zonas muy extensas, los salesianos se apoyaron por necesidad, en los shuar o en los escasos colonos que residían de forma estable en la región, ya que eran los únicos que conocían verdaderamente el terreno. Tal era su indefensión que, al decir de Pancheri: “Sin jívaros acompañantes no se puede ni siquiera salir de Gualaquiza, sin peligro de perderse”.

Festa, que también realizó algunas travesías acompañado por shuar y colonos, refiere sus impresiones al respecto: “Estos jívaros conocen perfectamente la orografía e hidrografía de su región y es admirable la precisión con la cual saben dibujar en el suelo, con un palito, la dirección de las cordilleras y el curso de los ríos” (Festa, 1993: 163).

Creación y consolidación de centros poblados

La presencia de los salesianos, que construían infraestructuras y ofrecían diversos servicios de primera necesidad, contribuyó a promocionar poblaciones que ya existían anteriormente como Macas, Gualaquiza y los pueblos situados en el camino de Sigsig. En la época en que se creó el vicariato estaban surgiendo, ade-

más, una serie de núcleos conformados por grupos shuar receptivos a la presencia misionera o por pequeños reductos de colonos. Los salesianos contribuyeron a establecer poblaciones en estos núcleos, lo que se produjo, generalmente, a partir de una pauta que incluía, en primer lugar, la toma de contacto desde una misión anterior ya consolidada. En segundo lugar, una etapa más o menos prolongada de visitas eventuales, en las que se procuraba el acercamiento a los shuar basados en entregar regalos para que estos se mostrasen favorables. Finalmente, la instalación definitiva con la creación de la misión alrededor de la cual se concentraba la gente.

Por otro lado, los salesianos planificaron la fundación de poblaciones en tierras reservadas a los shuar, obtenidas mediante contratos con el gobierno del Ecuador, para ubicar en ellas a los jóvenes que habían sido educados en los internados.³²

Esta experiencia se implementó por vez primera en la década de los treinta del siglo XX en Sevilla Don Bosco, donde se ubicó a diversas familias cristianizadas formadas por jóvenes procedentes del internado de Macas con la finalidad de asegurar su vinculación con la misión tras finalizar el período de internamiento, proporcionándoles casa y tierras, y evitando así que volviesen a sus lugares de origen y retomasen las costumbres shuar. Este proyecto condicionó la organización de la población y su conformación espacial, según se pone en evidencia en esta descripción de Sevilla Don Bosco datada en 1958, año en que se convirtió en parroquia civil:

El centro urbano que se ha ido formando con familias cristianas salidas cada año de la misión cuenta con unas seiscientas almas agrupadas en unas setenta casas con sus respectivas familias, casas construidas en su mayoría con muy buena madera y siguiendo un preestablecido plan regulador, con sus calles y avenidas, con sus plazas y jardines y con su magnífica pista de aterrizaje en construcción.³³

En estos centros de población sujetos a la tutela misional, los salesianos desempeñaron funciones propias de autoridades civiles. La experiencia se inició

32 Los internados fueron un elemento clave en el trabajo misional de los salesianos con los shuar. Incluían un programa formativo desde la infancia. Al llegar a la edad adulta, los shuar abandonaban el internado formando una familia cristiana a la que se asignaban lotes de tierras para su subsistencia bajo tutela de la misión. En este trabajo solamente nos referimos a los internados en cuanto a su incidencia en la configuración del territorio y en la formación y organización de centros de población, no en cuanto a su propuesta educativa o su impacto sobre los shuar, cuestiones que han sido analizadas por Bottasso (1982: 119-135).

33 *Boletín Salesiano del Ecuador*, junio de 1958, p. 9 (en Bottasso, 1982: 223). Igualmente, Grassiano ofrece una descripción de Sevilla Don Bosco en los años cuarenta, basándose en fuentes de la época: "Un ancho camino rectilíneo cruzaba la misión prolongándose hasta la finca de Don Venancio y, a derecha e izquierda, se alzaban las casitas de los jóvenes matrimonios que no pensaban internarse en la selva" (Grassiano, 1995: 297).

con la creación de Sevilla Don Bosco y posteriormente se implementó en otros centros, como Asunción, Kuchantsa, Bomboiza, Yaupi, Chiguaza, etcétera.

Sobre todo en sus inicios, las misiones actuaron como puntos de referencia en el territorio, aglutinando población dispersa o recién llegada. Para los shuar eran lugares de intercambio donde abastecerse de herramientas, telas, municiones, etcétera. Para los colonos, garantía de asistencia en un territorio al principio desconocido y carente de servicios estatales. Además, los salesianos introdujeron innovaciones mecánicas y tecnológicas que cambiaron la faz de las poblaciones. Un ejemplo de ello es la inauguración de la primera instalación eléctrica en Macas, promovida por el padre Crespi en 1932. La electrificación permitió mecanizar numerosas actividades, con los consecuentes impactos y transformaciones socioeconómicas (Barrueco, 1959: 196).

Construcción de vías de comunicación e infraestructuras

Inicialmente, las vías de comunicación en los territorios del vicariato eran muy precarias, cuando no inexistentes, tanto las vías internas como las vías de comunicación con la Sierra. En este ámbito, los salesianos construyeron y mejoraron las vías que habrían de articular la región internamente y hacia el exterior, facilitando la afluencia de colonos.

A la hora de abrir vías al interior de los territorios del vicariato, se basaron en el conocimiento de la zona que tenían los shuar, puesto que existían una serie de rutas utilizadas por los indígenas, pero desconocidas o impracticables para los blancos. Este es el caso de las vías que se abrieron inicialmente desde Gualaquiza a Indanza y a Méndez, así como de las que posteriormente fueron marcando el despliegue por el territorio como Macas-Sevilla, Méndez-Yaupi, etcétera.

Las vías de comunicación con la Sierra articulaban los territorios del vicariato con diversos focos de colonización. En concreto, recordemos que eran, en el Azuay, el camino de Sígsig a Gualaquiza y el de El Pan a Méndez; y en Chimborazo, las dos vías que conducían a Macas, por Zuñac o por Huamboya. El principal aporte de la Misión Salesiana en cuanto a vialidad fue la construcción de la vía El Pan-Méndez, que se llevó a cabo entre 1917 y 1931. Esta vía facilitó el acceso de colonos desde los focos de colonización azuayos, contribuyendo también a la articulación interna del vicariato, puesto que se prolongaba a partir de Méndez hasta Huambi, Sucúa y Macas. Además, la construcción de esta vía convirtió la región de Méndez y sus alrededores en el centro neurálgico del vicariato, desplazando a Gualaquiza, que había sido el único centro misional durante más de veinte años. La aportación realizada por los salesianos en cuanto a comunicaciones incluyó

también la construcción de grandes infraestructuras, principalmente viaductos, como el puente Guayaquil, al que ya nos hemos referido, y otros que fueron necesarios para asegurar las comunicaciones.

La construcción de vías de comunicación permitió a los salesianos establecer alianzas con determinados grupos de poder local, con los que, por proximidad e intereses compartidos, se estableció una gran complicidad y unidad de acción. Esta alianza fue especialmente evidente, además de temprana, en el caso de los grupos azuayos, pero posteriormente también se produjo una confluencia de intereses con los grupos riobambeños interesados en abrir la vía por Huamboya a Chiguaza.

Los logros alcanzados en cuanto a la construcción de comunicaciones trajeron consigo un fuerte reconocimiento para los salesianos que les permitió recibir mayores atribuciones en los años siguientes, especialmente en cuanto a contratos de colonización, prestación de servicios educativos o sanitarios, entre otros.

El estado de las comunicaciones en los territorios del vicariato cambió sustancialmente con el desarrollo de la aviación, iniciada a partir de la década de los cuarenta, con la explotación petrolera y la intensificación de la presencia militar, que trajeron consigo el tráfico aéreo y la construcción de pistas en diversos lugares de la Amazonía. Los salesianos vieron la necesidad de disponer de aviones para desarrollar su actividad en las misiones que se encontraban aisladas, como Chiguaza, o en las situadas al otro lado de la cordillera del Cutucú. Inicialmente contaron con algunas avionetas, pero el proyecto de organizar la aviación en los territorios del vicariato experimentó un salto cualitativo con la creación del Servicio Aéreo Misional (1974) destinado a atender a las misiones más alejadas. Este servicio demostró su utilidad y, en años posteriores, se firmaron convenios entre la misión y organismos gubernamentales para prestar servicios de ambulancia aérea (Bottasso, 1993c, t. III: 323-355).

Prestación de servicios básicos

Durante buena parte del siglo XX los servicios básicos fueron inexistentes o muy deficitarios en la Amazonía. En dicho contexto, los salesianos prestaron servicios educativos y sanitarios, realizando también tareas auxiliares del Estado en cuanto a identificación de las áreas pobladas, censos de pobladores.

Los salesianos dieron gran importancia a las actividades educativas desde sus pasos iniciales en el vicariato. Inicialmente, las escuelas se sostenían con limosnas y recursos propios de la congregación. En la década de los treinta, por iniciativa del padre Vigna, surgieron las escuelas fiscomisionales financiadas por el Estado y dirigidas por la misión. Estas escuelas fueron un poderoso instrumento

de aculturación y en ellas estaba prohibido el uso de la lengua shuar-chicham en la conversación entre alumnos para favorecer la asimilación del español. Se mantuvieron por muchos años, hasta que tuvo lugar la implantación de las escuelas laicas estatales y, a partir de 1960-1970, se crearon las Escuelas Radiofónicas Shuar y el Sistema de Educación Radiofónica Bicultural Shuar (Bottasso, 1982: 98; Germani, 1992: 56).

En el marco de lo educativo, se concedió una especial importancia a la formación técnica. Recordemos que la expedición que fue a instalarse en Gualaquiza, en 1894, estaba formada por religiosos y por varios artesanos, en concreto carpinteros, herreros y sastres, que habían de instruir a los pobladores locales, colonos y shuar, además de colaborar en la construcción de la misión. En tiempos más recientes, la formación técnica se orientó a facilitar a los shuar herramientas para mejorar sus condiciones de vida y capacitar profesionales nativos en el marco novedoso que se imponía con la colonización. Así, se llevaron a cabo experiencias de capacitación agrícola, formación de maestros y de enfermeras.

Las actividades sanitarias comenzaron a llevarse a cabo informalmente, cuando en sus excursiones apostólicas los salesianos atendían a indígenas enfermos, en un momento en que se estaban propagando nuevas enfermedades debido al contacto con los colonos y a la progresiva concentración de la población, frente a las cuales las prácticas tradicionales no eran efectivas. Por eso, muchas veces, los shuar buscaban esta atención sanitaria e incluso se desplazaban en grupos numerosos a la misión para recibirla. Con la consolidación de los centros de misión, las prácticas médicas se institucionalizaron y se crearon centros de salud y hospitales a cargo de los salesianos. Posteriormente, parte del sistema sanitario fue absorbido por personal del Estado.³⁴

Desde sus primeros años en el vicariato, con las excursiones apostólicas, los salesianos buscaron los lugares poblados por shuar para poder cristianizarlos. Posteriormente, a medida que el Estado comenzó a hacerse presente en la región, utilizó este tipo de información, que hasta entonces permanecía en el ámbito misional, para censarlos y empezar a llevar a cabo un control más sistemático de la población. Los censos en el vicariato se iniciaron en los años cuarenta, en el momento de la militarización de la región, con la finalidad de disponer de mano de obra que colaborase con el ejército. Posteriormente, durante los años cincuenta y

34 El relato de Grassiano, basado en la experiencia de María Troncatti, muestra el trabajo en el ámbito de la salud desarrollado por las y los salesianos, que entró en confrontación con las prácticas tradicionales de los chamanes. Igualmente, refiere la progresiva entrada de personal sanitario del Estado (1995: 348).

sesenta, se impuso la tenencia de la cédula de identidad y se asistió a una creciente burocratización, hasta entonces inexistente en la región.

6. Colonización y nacionalización

6.1 El proceso de colonización en los territorios del Vicariato

En las provincias de la Sierra sur, a inicios del siglo XX, el aumento demográfico y la carestía de tierras llevaron a numerosos campesinos a emigrar a las regiones en las que había mayor posibilidad de ganarse la vida. Un flujo importante se dirigió hacia la Costa, donde el auge cacaotero reclamaba mano de obra. Otro flujo empezó a dirigirse también hacia el Oriente, donde por entonces cobró importancia el lavado de oro. Esta actividad, que se venía realizando desde tiempos coloniales, provocó un movimiento espontáneo de colonos que acudían desde las regiones andinas a las vegas de los ríos en Méndez, Gualaquiza y Zamora. Se trataba de indígenas y mestizos pobres que llegaban en pequeños grupos y se instalaban en las playas auríferas durante varios meses. Vivían en una situación de gran precariedad, en campamentos improvisados junto a su lugar de trabajo, desplazándose hacia otro punto cuando se agotaba el poco oro que podían encontrar. A veces trabajaban por su cuenta y vendían el oro recogido a comerciantes, aunque también se organizaron cuadrillas que trabajaban para un patrón. En algunas zonas, los shuar se dedicaron también al lavado de oro en un momento de progresiva incorporación a la economía de mercado y de desintegración de sus formas de subsistencia tradicional. El lavado de oro produjo un importante aumento demográfico en una región en la que hasta entonces la presencia colonizadora había sido muy débil. Además, trajo consigo la reactivación de poblaciones que prácticamente habían desaparecido o la creación de nuevas poblaciones, puesto que algunos de los asentamientos provisionales en que se efectuaba el lavado se convirtieron en centros poblados permanentes.

Paralelamente al lavado de oro, se fueron extendiendo las actividades agrícolas y ganaderas en todo el suroriente, al principio de manera lenta, posteriormente de forma más acelerada. Desde los años veinte y treinta se produjo un desarrollo significativo de la ganadería, especialmente en el valle del Upano. Igualmente, los entables en decadencia de Gualaquiza fueron vendidos a pequeños propietarios, cada vez más numerosos en la región. La agricultura y la ganadería tomaron mayor impulso todavía a partir de los años cuarenta con la disminución del lavado de oro. Algunos mineros se establecieron de forma estable, al tiempo que nuevos contingentes de pobladores procedentes de la Sierra llegaron al suroriente bus-

cando tierras para asentarse. Estas migraciones produjeron un gran crecimiento en poblaciones como Méndez, Gualaquiza, Limón, Sucúa y Macas. En estas circunstancias, los colonos ocupaban terrenos de forma desorganizada y espontánea, en los que cultivaban y criaban ganado. Las transformaciones producidas a raíz de este movimiento colonizador permiten hablar del establecimiento de una frontera hacia los años cincuenta, vinculada económica y culturalmente a los focos de población serranos. A partir de 1970 el frente de desarrollo traspasó la barrera geográfica de la cordillera del Cutucú, iniciándose la explotación de recursos forestales y la agroindustria en regiones donde hasta entonces no había llegado la presencia de colonos (Salazar, 1986: 75).

Este proceso trajo consigo grandes transformaciones en los territorios del vicariato. A inicios del siglo XX, dichos territorios estaban habitados casi exclusivamente por los shuar, exceptuando algunos núcleos de colonos en lugares localizados, como Macas o Gualaquiza. Con la creciente afluencia de colonos, el panorama demográfico y étnico cambió completamente. Hacia 1950, ya contaban con más de 15.000 habitantes. Unos veinte años después, en 1969, este número prácticamente se había triplicado, con unos 43.000 habitantes. El proceso afectó de forma significativa a la composición étnica, ya que pasaron a contar con una mayoría de colonos blancos y mestizos, produciéndose un gran impacto cultural sobre los indígenas en determinadas áreas como el valle del Upano y la zona de Gualaquiza, en las que desde mediados de siglo XX el número de colonos sobrepasó al de nativos.³⁵

Inicialmente, las actividades de los colonos fueron esporádicas o marginales, y no produjeron la formación de asentamientos importantes, por lo que los shuar mantuvieron un margen de control sobre sus territorios. No obstante, con el aumento demográfico y el auge de las actividades agrícolas y ganaderas, los colonos ocuparon cada vez más tierras. El desbroce de la selva para establecer chacras y potreros produjo grandes cambios ecológicos, al tiempo que la delimitación de la tierra y su explotación comercial alteró la estructura económica y organizativa tradicional de los shuar. De esta forma, la pérdida del control sobre sus territorios supuso para los indígenas un cambio del modelo económico basado en la producción rotativa y la cacería itinerante tradicionales, a un modelo agrícola y ganadero, así como su incorporación definitiva a la economía de mercado, culminando un proceso que se venía fraguando desde los primeros contactos con los blancos.

La colonización estableció también unas relaciones de dominación en lo socioeconómico puesto que los shuar, en muchas ocasiones, trabajaban para los

35 Federación de Centros Shuar, *Solución original a un problema actual*, Sucúa, Mundo Shuar, 1976, p. 53.

blancos desbrozando terrenos o en el servicio doméstico; y en lo cultural, con la aculturación subsiguientes. Los shuar, en un proceso de descomposición de sus estructuras tradicionales, veían a los colonos como patrones de cultura y *civilización* a imitar.

El posicionamiento de los salesianos ante el proceso de colonización

La actividad de los salesianos está estrechamente vinculada al proceso colonizador, tema que ha sido analizado, desde diferentes perspectivas, por Bottasso (1982: 95-118) y Salazar (1989). Los salesianos llegaron al país a finales del siglo XIX, en un momento de grandes debates sobre la necesidad de colonizar el Oriente. Tras una breve etapa, entre 1893 y 1912, que se puede considerar de toma de contacto y adaptación a la nueva situación generada por los cambios políticos que tuvieron lugar en 1895, empezaron a promocionar decididamente la inmigración colonizadora, como un hecho necesario para llevar a cabo la *civilización* de los shuar. Así, la consigna de *civilizar colonizando* marcó el trabajo de los salesianos prácticamente desde sus inicios hasta la década de los treinta. Esta línea suponía, sin descuidar la cristianización de los shuar, construir vías de comunicación, fomentar la agricultura, crear escuelas y hospitales, etcétera. La entrada de colonos constituía una forma de aculturación indirecta, necesaria para la civilización de los shuar, junto con el adoctrinamiento (Bottasso, 1982: 103-112).

Uno de los primeros textos que ilustran este posicionamiento se debe al padre Mattana, primer superior de la misión de Gualaquiza, que en 1906 proponía sus estrategias *civilizadoras* al gobierno liberal, centradas en contener de forma autoritaria a los adultos, formar nuevas generaciones *civilizadas* y colonizar:

Para luchar ante tan terrible enemigo no hay otro recurso que contenerlo por la imposición y la reverencia de la autoridad, y para lo porvenir, procurar la formación de nuevas generaciones civilizadas, mediante la educación del niño. Al mismo tiempo, débase llevar elemento sano, de las poblaciones vecinas, para quitar a la barbarie estéril, la posesión de los más ricos territorios del país. Así, con la colonización se eliminará el salvajismo, triunfará el progreso con el cristianismo; y el Ecuador con elementos de su propio seno, habrá formado vastas y abundantes colonias, que serán lo principal de la República y resolverán en bien de ella, el palpitante y tremendo problema de la miseria en la planicie central de los Andes (Mattana, 1906: 217).

El mismo texto exponía las funciones desarrolladas por los misioneros en la colonización y establecía la necesidad de contar con ellos para llevarla a cabo:

No merece ni discutir que sin misioneros, no puede adelantar la colonización; pues el misionero es el que más influye en el salvaje, y es el único que modera su ferocidad.

Además, él educa a las nuevas generaciones y las reduce a la vida civil, conquistando a los bárbaros por medio del progreso verdadero (ibíd.: 219).

Así, durante las décadas de los años diez y veinte, y en consonancia con el discurso colonizador de la época, los salesianos promocionaron la inmigración colonizadora, tanto nacional como extranjera. Son muestras concretas de ello la construcción del camino El Pan-Méndez, al que nos hemos referido antes, o el proyecto de traer emigrantes italianos hacia 1925 y que finalmente no se llevó a cabo (Bottasso, 1982: 108-109).

Desde su entrada al vicariato, los salesianos orientaron sus tareas a *civilizar* a los indígenas y, simultáneamente, a apoyar a los colonos. A medida que la colonización aumentaba se dieron cuenta de los impactos negativos que traía consigo, especialmente en lo que atañía a la pérdida de territorios por parte de los shuar y a las relaciones de dominación establecidas por los colonos. Anteriormente, no se comerciaba con la tierra ni se establecían linderos de propiedad, pero en la nueva situación las tierras eran comerciables y muchas veces los propios shuar las vendían por desconocimiento, a cambio de objetos de los colonos, lo que condujo a una situación de despojo territorial y abusos.

Los salesianos, en este contexto, plantearon la necesidad de delimitar terrenos exclusivamente para los indígenas. Esta propuesta se concretó en 1935 con la firma de un contrato entre el gobierno ecuatoriano y la Misión Salesiana, por el cual se reservaban tierras en diversas zonas del vicariato destinadas a formar reducciones shuar, en las que se establecería un sistema tutelar sobre los indígenas por parte de la misión, tal como hemos comentado al referirnos a la primera de estas experiencias en Sevilla Don Bosco. En palabras del padre Vigna, por entonces superior de la misión de Macas y promotor de este contrato:

Estas zonas de tierras, por el Contrato en cuestión, venían confiadas a la Misión Salesiana, la misma que no era dueña de ellas, sino debía responder ante el Gobierno por ellas e impedir que en ellas colonizaran los blancos. Debía la Misión Salesiana, además de cuidar dichas tierras, civilizar al Jívoro y reunirlos en poblaciones organizadas (ibíd.: 113).³⁶

El contrato de 1935 entre el Gobierno y la misión fue renovado en 1944, con el objetivo de ampliar el plazo concedido a los salesianos para cumplir sus compromisos de reducción, educación y fomento agrícola. Por entonces, el aumento de colonos había generado una situación de mayor tensión por la tierra, por lo que

36 A instancias del padre Vigna, salesianos como Corbellini y Ghinassi escribieron textos defendiendo el territorio Shuar y argumentando la necesidad de asegurar terrenos a cada familia y mantener la propiedad en manos de la comunidad. Telesforo Corbellini, "Apuntes sobre los Jívoros", 1945. Juan Ghinassi, "Apuntes sobre los Jívoros", 1946.

la firma de este segundo contrato levantó una campaña por parte de los colonos en contra de los salesianos, cuyas repercusiones se amplificaron por el tratamiento distorsionador del asunto en algunos medios de comunicación. En concreto, se acusó a los salesianos de adueñarse de tierras y obstaculizar su colonización, con el pretexto de defender a los shuar.³⁷ A pesar de ello, el sistema de reservas tuteladas se mantuvo en pie, aunque los conflictos por la tierra se intensificaron todavía más. En Bomboiza, por ejemplo, la experiencia de establecer reservas de territorio se puso en práctica en 1951, con el traslado de la población Shuar del internado de Gualaquiza a la que se adjudicaron tierras, lo que provocó conflictos con colonos que también querían instalarse y tomar posesión de las mismas (Pintado, 1982: 13-14).

Desde su llegada al país, los salesianos habían colaborado estrechamente con el Estado ecuatoriano y los grupos de poder regional, y habían obtenido, a cambio, poder e influencia. No obstante, desde mediados del siglo XX, la renovación teológica a nivel continental y mundial, el desarrollo de las ciencias sociales y el creciente interés por los pueblos colonizados, produjeron el surgimiento de nuevas corrientes misioneras que empezaron a cuestionar las políticas nacionales de colonización, la dominación cultural y la vulneración de los derechos de los indígenas, y dieron paso a nuevas formas de trabajo, representadas por figuras como los padres Pellizzaro, Shutka, Bolla, etcétera. (Bottasso, 1982: 74). En esta renovación también hay que tener en cuenta la experiencia acumulada tras años de trabajo en las zonas de Gualaquiza y el valle del Upano. En más de medio siglo los salesianos habían tenido tiempo de conocer el impacto que traía consigo la colonización, lo que condicionó su posicionamiento en la segunda mitad del siglo XX, cuando el proceso colonizador se expandió hacia zonas que hasta entonces habían permanecido aisladas.

Desde que surgieron los primeros conflictos entre shuar y colonos, los salesianos se habían posicionado en favor de los shuar y habían ido desarrollando un trabajo organizativo que condujo a la creación de Centros Shuar, basados en la unión de varias familias en un territorio. Los primeros centros surgieron en Sucúa y se agruparon en la Asociación de Sucúa (1962). La propuesta se extendió con la creación de centros y asociaciones en todo el vicariato, viéndose la necesidad de constituir una entidad coordinadora, que fue la Federación Shuar (1964) creada con el apoyo salesiano con la finalidad de defender el territorio y la identidad cultural de los shuar y frenar el impacto de la colonización (Federación de Centros Shuar, 1976; Salazar, 1989). La Federación logró el reconocimiento del derecho a la tierra con la obtención de títulos de propiedad para las comunidades federadas y puso en práctica experiencias como Radio Federación y las Escuelas Radiofóni-

37 Los contratos de 1935 y 1944 y una selección de documentos sobre la colonización en el vicariato se encuentran recopilados en Bottasso (1982: 179-211).

cas, que contribuyeron a la tarea educativa en el vicariato y a la revitalización del idioma shuar-chicham. Igualmente, impulsó programas de salud, de promoción social, de fomento agropecuario, entre otros.³⁸

Cuando en 1969 caducó el contrato de colonización suscrito en 1944 entre el Gobierno y la misión, este proceso organizativo llevó a plantear una nueva fórmula de propiedad de la tierra, alejada del modelo de reducciones tuteladas que se había mantenido durante más de treinta años. En concreto, se puso en práctica el modelo de organización con base en los *centros*, concebidos como unidades administrativas con reconocimiento oficial y territorio propio delimitado de propiedad global, cosa que aseguraba la conservación de los terrenos e impedía su comercialización. Esta organización, que ha sido analizada por Salazar (1989), supuso un cambio en cuanto al concepto tradicional de la comunidad shuar. A grandes rasgos, los centros mantuvieron el patrón de asentamiento disperso propio de los shuar, basado en el *vecindario*, aunque introduciendo una estructura comunitaria conformada por una plaza con edificaciones como escuela, capilla y centro de salud, a la que se añadió la existencia de una directiva elegida democráticamente para la promoción de los proyectos de desarrollo socioeconómico del centro.

Anteriormente al proceso colonizador, las tierras no estaban delimitadas y no se producían conflictos por la posesión del territorio. La delimitación supuso un cambio irreversible en las formas organizativas indígenas. Los misioneros se declararon partidarios de ella puesto que era la única manera de seguir conservando el territorio en poder de los shuar y, más tarde, de los achuar. “Es triste y deprimente tener que decirles ‘marquemos la tierra’, ‘limitémosla’ y sin embargo creo que en conciencia debemos prevenirlos y prepararlos a todo esto. Nuestra civilización no les perdonará” (Arnalot, 2009, II: 145).

La implicación de los salesianos con la problemática de los indígenas hizo que perdieran influencia entre los colonos, generando incluso reacciones de gran hostilidad por parte de algunos sectores como el incendio provocado de la misión de Sucúa en 1969. Por otro lado, algunos sectores shuar cuestionaron las actividades de los misioneros y su quehacer en la Federación, por considerar que tenían una carga de paternalismo.

Nacionalización del territorio y sus pobladores

38 Actualmente, esta organización cuenta con unas cuarenta asociaciones federadas. Ver Federación Interprovincial de Centros Shuar, en <http://www.ficsh.org.ec>.

La acción de los salesianos incidió también en la nacionalización del espacio suroccidental y de sus pobladores. La educación en escuelas e internados, con su impacto aculturador sobre la población indígena, fue el principal instrumento nacionalizador implementado por los salesianos bajo unas líneas homogeneizantes y aculturantes, hasta las décadas de los años sesenta y setenta en que se llevó a cabo su renovación, orientándose al reconocimiento y la promoción de la diversidad cultural. La nacionalización se expresó, igualmente, mediante la introducción y difusión de imaginarios nacionales que fueron interiorizados por la población del Oriente, ya fuera shuar o blanco-mestiza, y que habrían de contribuir a ecuatorianizar la Amazonía.

Así, en los primeros tiempos de las misiones, se celebraron de forma habitual y planificada eventos cívico-religiosos con finalidades nacionalizadoras. El padre Mattana refiere que, en 1895, casi recién fundada la misión de Gualaquiza, se celebró por primera vez, el 24 de mayo, fecha en la que coincide la conmemoración de la batalla de Pichincha y la festividad de María Auxiliadora (Mattana, 1895, en Bottasso, comp., 1993, t. I). Igualmente, recién fundada la misión de Indanza, en 1916, tuvo lugar un acto con el objeto de “izar por vez primera la bandera nacional en esta parte de la patria”.³⁹ Estos eventos se celebraban con gran solemnidad y en ellos, los símbolos nacionales como el himno o la bandera, tenían gran importancia. Contaban con la asistencia de toda la población, hombres y mujeres, niños y adultos, blancos y shuar cristianizados, que participaban en desfiles y procesiones, escenificando su integración en la vida nacional. Igualmente, asistían representantes de la autoridad civil, del ejército, así como los salesianos. La familia Vega, en Gualaquiza, y la familia Ríos, en Indanza, actuaban como sacerdotes, tratándose en ambos casos de familias que poseían grandes haciendas y que habían tenido un papel decisivo en el fomento inicial de estas poblaciones. Más allá de su significado en el ámbito local, estos eventos formaban parte de una estrategia para la nacionalización de los territorios orientales planificada desde la capital, tal como indica este testimonio sobre la organización de la *fiesta de la bandera* en Indanza: “cuando se ideaba este acto de la bandera para las misiones en Quito, hace meses, no me imaginaba que me tocaría asistir a una de ellas y que resultaría una fiesta tan tierna y una verdadera clase de patriotismo” (Sáez, 1917: 62).

La crisis territorial de 1942 provocó la imposición de fuertes medidas nacionalizadoras en la región amazónica. En este marco, se reforzó el papel de las misiones como agentes esenciales para difundir la *civilización* y el *patriotismo* entre los indígenas y asegurar que adquirieran un sentido de pertenencia a la sociedad nacional. Cuando en 1938 tuvo lugar la celebración del cincuentenario de la obra

39 Florencio J. Sáez, “La fiesta de la bandera en Indanza”, Indanza, 15 de diciembre de 1916, en *Boletín Eclesiástico de las Diócesis Ecuatorianas*, tomo XXIV, n° 2, Quito, julio de 1917.

salesiana en el Ecuador, se organizó una gira de varios shuar que circularon por todo el país para demostrar los logros de los salesianos. En medios institucionales se señaló que daban prueba de un comportamiento *civilizado* puesto que hablaban en español y cantaban el himno nacional (Grassiano, 1995: 280).

Por entonces se asistió también a la militarización de la región, especialmente en las áreas de frontera. En el suroriente, Macas fue la sede de un comando militar desde el que se abastecieron destacamentos más avanzados en la selva como Miazal y otros puntos. La presencia militar distorsionó gravemente la vida de la región, imponiendo trabajos a los indígenas, que se veían obligados a prestar servicios de apoyo al ejército, especialmente como cargueros. Los militares pedían a los misioneros que desplegaran su influencia sobre los shuar para que estos accedieran a prestar dichos servicios (Bottasso, 1982: 98). Pese a la atracción que supuso el ambiente militar para algunos indígenas como forma de promoción individual, los shuar y los achuar, en tanto que grupos étnicos, rechazaron la presencia de los militares por las amenazas que suponían, ya que donde se instalaban eran frecuentes la difusión de nuevas enfermedades, las agresiones y violaciones, así como los problemas de acceso a los recursos de subsistencia al verse limitadas la cacería y la tierra. El diario de Josep Arnalot ilustra la situación que se produjo en la misión de Wichim, cercana a la frontera con el Perú, a inicios de los años setenta y muestra la propagación de un posicionamiento contrario a la militarización por parte de los salesianos. Arnalot refiere las frecuentes visitas de los militares a Wichim, el interés que mostraban para que los achuar aprendieran el español y supieran en qué país estaban y su preocupación por los frecuentes pasos de frontera de los achuar entre Ecuador y Perú que despertaban sospechas de espionaje (2009).

7. Notas finales acerca de los salesianos y las identidades locales en el suroriente

En este apartado final planteamos unas breves reflexiones sobre la cuestión de las identidades locales en los territorios del vicariato y la influencia que tuvieron las actividades de los salesianos en las transformaciones identitarias que se produjeron a lo largo del proceso analizado, que abarca un período de más de cien años marcado por los profundos cambios que en este lapso temporal transformaron la Amazonía.

A la llegada de los salesianos, la cuestión de las identidades locales en el área constituía una realidad extremadamente compleja, en la que pervivían e interactuaban poblaciones shuar en diferentes momentos de un proceso de aculturación, colonos originarios de diversos lugares de la Sierra, proyectos regionales de ocupación del espacio, etcétera. En medio de este panorama, los salesianos influyeron

con sus actividades en la transformación y la construcción de dichas identidades locales.

En cuanto a los shuar, los salesianos en sus inicios incidieron decisivamente en el proceso de pérdida de la identidad, como también más tarde en el proceso de recuperación identitaria que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XX. En el trabajo hemos visto que a fines del siglo XIX, al arribo de los salesianos, los shuar mantenían sus formas de vida y el control sobre sus territorios, a pesar de haberse iniciado desde décadas atrás un proceso de creciente inserción al mercado. Los salesianos, influidos por el pensamiento de la época, elaboraron de entrada un discurso civilizatorio que asociaba el mundo shuar al salvajismo, como parte de una estrategia destinada a la asimilación de la población indígena. En consonancia con ello, sus actividades iniciales se encaminaron a la aculturación de los shuar, ya fuera de forma directa, mediante las escuelas, internados, reducciones, introducción de prácticas médicas occidentales, etc., o de forma indirecta, mediante el fomento de la colonización y la construcción de vías de comunicación. Con el auge del proceso colonizador, a lo largo del siglo XX se produjeron grandes transformaciones demográficas y étnicas, con el consiguiente impacto cultural y pérdida de territorios para los shuar. El pensamiento de los salesianos fue cambiando con el tiempo y, hacia la década de los sesenta, habían dejado atrás esa percepción que asociaba a los indígenas al salvajismo, generando corrientes innovadoras que contribuyeron a revitalizar su cultura e identidad; con iniciativas como el impulso de la Federación Shuar, las Escuelas Radiofónicas Shuar y el Sistema de Educación Radiofónica Bicultural Shuar.

A finales del siglo, XIX y en las primeras décadas del siglo XX, se registraba un creciente flujo migratorio de población blanco-mestiza de la Sierra hacia las áreas del suroriente, inicialmente de carácter estacional, para el lavado de oro o la recolección de la paja toquilla y, posteriormente, de tipo permanente, asociada a actividades agrícolas y ganaderas. Este proceso trajo consigo la migración de colonias numerosas originarias de diferentes focos de colonización, especialmente de Sigsig, Gualaceo o Paute, que se asentaron en diversas áreas de esta zona. La presencia salesiana fue un factor determinante en el proceso de asentamiento y adaptación de los primeros colonos serranos e, igualmente, los orígenes locales de estos se reflejaron con fuerza en los primeros tiempos de la colonización.

Las identidades locales en el suroriente, a inicios del siglo XX, también se vieron condicionadas por la elaboración y divulgación del concepto de *Oriente azuayo* desde los grupos de poder del Azuay, como parte de su estrategia de colonización y apropiación de esta zona hacia su área de influencia, en la que los salesianos colaboraron activamente.

En el área del vicariato, muchas poblaciones fundadas o impulsadas por los salesianos desde la nada, se convirtieron, con el transcurrir de los años, en parroquias o cabeceras de cantón, adquiriendo entidad propia. Como hemos visto, hubo poblaciones que evolucionaron de forma paralela a la creación de centros misionales ya que estos actuaron como puntos de referencia a nivel local. El núcleo básico de estos pueblos se concentró, inicialmente, alrededor de los edificios de la misión: iglesia, escuela e internado; hecho que condicionó la estructura y la organización de las poblaciones en el plano físico pero también en el plano simbólico, puesto que estas instituciones, más allá de su función religiosa y educativa, reglamentaban la vida de los pueblos, marcaban el transcurrir de cotidianidad, los ritmos del día y los rituales de la comunidad, incidiendo de forma directa en las dinámicas sociales y en la configuración de las identidades locales.

La creación de nuevas poblaciones estuvo planificada por los salesianos en los casos en que se delimitaron territorios para los indígenas, para formar reducciones sobre las que se estableció un sistema tutelar. Estas poblaciones, habitadas por jóvenes shuar educados en los internados, estuvieron sujetas a una organización y normativización que moldeó, por fuerza, aspectos identitarios. Posteriormente, con el impulso de la Federación Shuar, el sistema tutelar fue sustituido por un modelo basado en Centros Shuar con reconocimiento oficial y territorio de propiedad global, que también estuvo influido por los salesianos. Este modelo, si bien seguía facilitando el control y la organización misional, dotaba de autonomía, capacidad de decisión y favorecía el desarrollo de una nueva identidad indígena.

En definitiva, los salesianos contribuyeron a la construcción de referentes identitarios comunes y compartidos entre poblaciones de diferente adscripción étnica que habitaban la región, mediante la educación y la difusión de imaginarios nacionales y religiosos. No hay que olvidar que este trabajo se enmarcó en una serie de estrategias que se planificaron desde el Estado y se ejecutaron en el espacio oriental con la finalidad de proporcionar sentido de pertenencia a la sociedad nacional en las poblaciones de la región, nacionalizar y ecuatorianizar el Oriente y dar mayor cohesión al país en su conjunto.

Del mismo modo, los salesianos dieron a conocer y acercaron el Oriente al resto del Ecuador. Sus escritos, fotografías o filmaciones, dirigidos a divulgar la actividad misional y a buscar la implicación y el apoyo de cooperadores, difundieron en buena medida una imagen deformada y parcial, de acuerdo con los objetivos perseguidos. Pero no se puede obviar que contribuyeron a incorporar el Oriente en la conciencia nacional, reforzando su función como referente identitario para los ecuatorianos.